PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Nosotros: **SANDRA CECILIA ANDRADE RIVADENEIRA**, CI: **0604355669** y **PATRICIO FERNANDO MORENO PARRA**, CI: **1717787822** autores del trabajo de graduación intitulado: **"El agente materno y su influencia en la estructuración de la Psicosis Infantil. Análisis de un caso"**, previa a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGOS CLINICOS,** en la Facultad de **Psicología**

1.- Declaramos tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizamos a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, marzo del 2012

Sandra Cecilia Andrade Rivadeneira

CI: 0604355669

Patricio Fernando Moreno Parra

CI: 1717787822

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE PSICÓLOGOS CLÍNICOS

"EL AGENTE MATERNO Y SU INFLUENCIA EN LA ESTRUCTURACIÓN DE LA PSICOSIS INFANTIL. ANÁLISIS DE UN CASO"

SANDRA ANDRADE RIVADENEIRA
PATRICIO MORENO PARRA

DIRECTORA: ASTRID DUPRET

QUITO, 2012

AGRADECIMIENTO

A mis queridos padres, por todo el amor

Y el apoyo a lo largo de este trayecto universitario.

A Astrid Dupret, quien con su conocimiento

Y palabras justas, pero sobre todo con su

Calidez humana, incentivó sin descanso

La producción de este trabajo.

DEDICATORIA

Dedico este trabajo con todo el cariño

A quien para mí es ejemplo de fortaleza indecible

Y el testimonio de un poderoso deseo

De amar y de vivir la vida.

ÍNDICE

RESUMEN...……...……...6
INTRODUCCIÓN…...……...…….....7

CAPÍTULO I
1. LA FEMINIDAD COMO SALIDA DEL EDIPO…….....….11
1.1 Estructuración psíquica de la niña……...….....….12
1.1.1 La fase preedípica……...…….....12
1.1.2 El Complejo de Edipo y la castración…….....15
1.2 Maternidad…..……...…….....**.....**21
1.2.1 Deseo de hijo……..…….....22
1.2.2 Embarazo……..……..26
1.2.3 Alumbramiento……..……28

CAPÍTULO II
2. LA DIALÉCTICA MADRE-HIJO EN LA ESTRUCTURACIÓN SUBJETIVA DEL NIÑO……..31
2.1 El Estadio del Espejo…….…….……..32
2.1.1 La función de la imagen……..33
2.1.2 El Otro en la relación especular…...……...…….35
2.1.3 El otro semejante y la agresividad……...……38
2.1.4 El esquema óptico……...…….40
2.2 De la madre simbólica a la madre real..……...…….….43
2.3 Incidencia de la Metáfora Paterna en la estructuración edípicadel *infans*……..…….…..….46
2.4 La sustitución del deseo materno por el Nombre-del-Padre……..…….....51

CAPÍTULO III
3. LA PSICOSIS INFANTIL…….……...…54
3.1 El discurso materno y la forclusión del Nombre-del-Padre en relación a la psicosis infantil……...…….……..55
3.1.1 La forclusión del Nombre-del-Padre……..….55

3.1.2 El lugar del Nombre-del-Padre en el discurso materno.....……..57

3.2 El *infans* como extensión del narcicismo materno…….....…..61

3.3 El tambalear del yo en la psicosis infantil……...…64

CAPÍTULO IV

4. PRESENTACIÓN DEL CASO……..……..68

4.1 Historia vital……...…….…68

4.2 Entrevista con la madre…….……..…76

4.3 Análisis del caso…….....…….…84

CONCLUSIONES……...…95

RECOMENDACIONES...……..…….100

REFERENCIAS……...……102

RESUMEN

En este trabajo se plantea la hipótesis alrededor de una determinada estructuración psíquica dentro de la cual el elemento materno es el que cobra mayor grado de importancia. Siguiendo esta línea se propone una elaboración que abarque la relación madre-hijo en la subjetivación del niño.

La falta de referencia a un tercero, el padre, en el discurso materno es la determinante principal en la estructuración psicótica del *infans*. Es decir que la constitución psicótica de un sujeto aparece como efecto de una relación dual que, más allá de cualquier transitoriedad, se perpetúa sin dejar lugar para un corte imaginario que pueda posibilitar la entrada del niño en una estructura triangular.

El periodo de falicización en el que el bebé es posicionado como objeto imaginario que viene a completar narcisísticamente a la madre, no encuentra una interrupción. Esto se debe a que la castración simbólica no opera en el discurso de la madre, pues ésta realiza la restitución real de su falta a través de su hijo. El *infans* se ve reducido a lo real de su cuerpo, sirviendo únicamente para afirmar que allí, en el cuerpo de su madre, nada falta y significando a través de su conducta la relación dual en la cual se encuentra atrapado.

Tal indiferenciación mantiene al niño bajo la obligatoriedad de renovar indefinidamente una demanda para su madre, sin tener nunca el derecho de asumir un deseo propio. En efecto, toda la sintomatología del niño psicótico, toda escritura sobre su cuerpo, deberá ser leída en relación a un discurso materno que en definitiva no reconoce allí a un sujeto del deseo.

INTRODUCCIÓN

"Helo aquí, pues, este ser de carne…

Pero está ahí separado de ella,

Siendo que, en el nivel inconsciente,

Era con una especie de fusión que ella soñaba."

(Mannoni, 1994, p.57)

La psicosis infantil es un tema que, pese a que ha generado numerosas investigaciones teóricas, no encuentra aún puntos convergentes que expliciten de autor a autor una descripción formal de la etiología del fenómeno en cuestión. Existen diversas aproximaciones psicoanalíticas que, aunque se fundamentan en la práctica clínica con niños psicóticos, llegado el momento de desarrollar una teoría, muestran ciertas contradicciones y falencias internas. En su articulación teórica los autores se ven constantemente confrontados con la profunda complejidad del tema y son justamente aquellos *impasses* que aparecen en los diversos textos, lo que genera el interés por la elaboración de este trabajo.

La estructuración subjetiva del recién nacido, todavía un proyecto en el momento de su nacimiento, está íntimamente relacionada con el discurso que se pronuncia alrededor del bebé por parte de quienes lo reciben en la realidad efectiva. Este discurso se manifiesta en todos aquellos actos que se relacionan de alguna manera con el niño: los gestos, las palabras, las caricias, los cuidados, hasta las fantasías que construye una madre sobre el niño que aún tiene en su vientre, son significantes de un discurso que inscribirán las marcas primordiales sobre el cuerpo, que por pasar al orden de lo simbólico, podrán más adelante permitir el acceso del *infans* a una estructuración psíquica.

En otros términos, más allá de la existencia real del cuerpo de un niño que nace, es necesario para la constitución de su subjetividad, la intermediación de un agente externo al niño que lo instale en el campo de la palabra. El agente materno (lugar que ocupa generalmente la madre biológica de un niño) es, entonces, aquella persona que, haciendo referencia al orden de lo simbólico en el que se encuentra instalada, se reconoce a sí misma

como progenitora de una criatura, y por lo tanto portadora de la capacidad de introducir a su hijo en la cultura. El hecho de estar anticipadamente ubicada en el orden de lo simbólico quiere decir que esta madre es únicamente madre a través de la referencia a un tercero: el padre. Sólo desde aquí podrá una mujer cumplir la función materna, es decir, función de mediación en el encuentro del niño con el significante.

Por el contrario, la falta de referencia a un tercero, excluido del discurso materno, impide la triangulación necesaria en la constitución subjetiva de un niño. El padre es desposeído del poder para ejercer la función de la cual es representante real en la escena familiar, es decir, como agente que instaura la Ley fundamental. Sin la operación de esta Ley, el corte necesario en la relación entre la madre y su hijo, con miras a la inclusión de éste último en el universo de la palabra, queda obstaculizado. El niño crece así bajo la sombra de su madre, prisionero de los significantes con que el Otro lo marcó y que nunca lograron ser sustituidos. Restringido de la posibilidad de reconocerse a sí mismo en tanto sujeto autónomo, creador y portador de sus propias significaciones, al niño no le queda otra alternativa más que situarse en el mundo únicamente a través de ser él mismo, objeto parcial de su madre, metonimia de su cuerpo y de su deseo.

Es éste justamente el concepto de Psicosis Infantil desde la perspectiva del Psicoanálisis. Es importante además diferenciar la psicosis en la infancia de la psicosis en la edad adulta, en la cual aparece el brote psicótico que incluye delirios y alucinaciones. De hecho, Lacan las consideró como efecto de estructuraciones diferentes. Es sabido además que las estructuras en la infancia, al contrario de las estructuras en la edad adulta, son no definidas y, por lo tanto, muchas veces reconstruibles. La psicosis adulta, en relación al brote psicótico, queda entonces, al margen de esta elaboración teórica.

El presente trabajo incluye la recopilación de aquellos conceptos que al parecer permiten determinar cuáles son los factores que están en el fundamento de una estructuración psicótica en la infancia. A través de la teorización de Freud y de Lacan, así como de otros psicoanalistas de niños, se trabajará las primeras relaciones del niño y su entorno, especialmente con el agente materno, que han procurado un devenir psicótico para el *infans*. Por último, a la luz de los conceptos elaborados, se analizará un caso ilustrativo de esta patología del desarrollo infantil.

En el primer capítulo se llevará acabo el desarrollo de los conceptos de feminidad y maternidad con el fin de comprender el proceso mediante el cual una mujer llega

finalmente a posicionarse como madre de una criatura. Posicionarse no sólo como aquella que da a luz un bebé, sino como aquella que se asume a sí misma como madre de ese niño, que lo reconoce como hijo suyo. El deseo de hijo como última parada del recorrido por la femineidad es el resultado de la ecuación simbólica propuesta por Freud pene=hijo=falo, que ha hecho efecto sobre una mujer a través del complejo de castración. La falta que afecta a una mujer después de su salida del Edipo, tiene como efecto último el deseo de hijo en un intento por llenar su vacío por medio de la vía simbólica, es decir, por medio de los emblemas de la maternidad.

En el segundo capítulo se abordará el tema de la dialéctica entre la madre y su hijo. Relación primordial que aparece como soporte fundamental desde donde el *infans* podrá proyectarse como sujeto del lenguaje y la cultura. Así tenemos el Estadio del Espejo y la Metáfora Paterna, procesos profundamente estructurantes que le otorgan al niño, en primera instancia, la posibilidad de apoderarse de una imagen para sí mismo, que será el soporte de las identificaciones futuras; además de la posibilidad de producir lenguaje a través de la represión original del deseo materno, que es operada por el significante Nombre-del-Padre. En esta dialéctica entre madre e hijo también se pone en evidencia la función del objeto pequeño a, en tanto objeto parcial que se instala en ciertas partes del cuerpo y que deberá caer progresivamente con el fin de unificar la imagen del cuerpo en la percepción del *infans*, y de prepararlo para la pérdida simbólica decisiva del complejo de Edipo.

En el tercer capítulo de esta elaboración se trabajará la Psicosis Infantil propiamente dicha, es decir, aquellas fallas en los mecanismos que probablemente están en la base de la articulación de esta estructura. La madre afectada por una falta que no puede restituir a nivel simbólico, encuentra en el cuerpo real de su hijo la única salida posible para saturar el resquebrajamiento percibido en su propia imagen. Se trata aquí de una reconstrucción del narcisismo materno herido, a costa de la supresión del niño en su calidad de sujeto independiente y deseante. El niño queda así adherido a los significantes que su madre le impone sin la posibilidad de desplazarse a través de una cadena significante en la que se traduzca su deseo. En efecto, el sujeto no nace al deseo y aunque logra instaurarse en el campo del lenguaje, lo hace de una manera particular en donde los significantes de los que dispone para representarse a sí mismo son siempre insustituibles pues provienen de la lengua materna.

Finalmente, el cuarto capítulo incluye la presentación de un caso real de psicosis infantil que pone en evidencia las devastadoras secuelas que tiene sobre el niño, esta forma particular de intercambio entre él y su madre, repercusiones que se manifiestan incluso en la edad adulta, pues el sujeto de análisis tiene en la actualidad 28 años de edad. Se trata de la historia de un sujeto que ha permanecido atrapado en una relación profundamente perturbadora con su madre a lo largo de toda su vida, sin que haya existido un elemento tercero que provocara una interrupción efectiva entre ambos. El análisis del caso, más específicamente de los significantes que aparecen en el discurso parental, muestra de qué manera ciertos elementos, inscritos tanto en la historia de los padres como en la del niño mismo, se han dispuesto para provocar una relación psicotizante para el sujeto.

CAPÍTULO I

1. LA FEMINIDAD COMO SALIDA DEL EDIPO

Para entender a la feminidad es necesario, en primera instancia, tomar en cuenta la forma por la cual un sujeto asume una posición sexuada en el seno de su cultura. Ser hombre o mujer, más allá de las contingencias anatómicas, para el psicoanálisis, es una cuestión ligada al orden simbólico, es decir de la cultura. El sujeto asumirá una identidad sexual a partir de su identificación con un significante aportado por el Otro, de acuerdo al deseo de quien encarna al Otro.

No se puede decir exactamente en qué momento nace un sujeto ya que éste, antes del parto, suele ser ya objeto del discurso, del deseo de ciertas personas, de sus fantasmas. Antes de nacer, el niño suele ocupar un lugar en las ensoñaciones de su madre. Cuando un niño nace en el seno de una familia, de una comunidad, viene a ocupar un lugar preparado para él, siempre que la función del deseo de hijo esté operando. De modo que su estructura psíquica va a ser efecto de esta serie de cadenas generacional y transindividual, que producen una significación en el *infans* antes del momento de su nacimiento.

> El orden simbólico preexiste al sujeto ya que desde antes de su nacimiento existe en el deseo del otro como hombre o como mujer, lugar que viene a ocupar en el deseo de sus padres, dependiendo a su vez de la castración y del Edipo de ellos […]. (Orvaños, 2005, p.171)

Por ende, es necesario establecer la relación entre la posición sexuada asumida por un sujeto y el deseo de hijo para introducirlo en la maternidad, ésta última como un modo de posición subjetiva, un enlace de la feminidad a través del real del cuerpo de una mujer. Es decir, es imprescindible un largo trayecto para que en el sujeto se instale un deseo inconsciente sobre un objeto real (el *infans*). El recorrido por este trayecto recibe el nombre de castración, y su producto - el deseo (y sobre todo el deseo de hijo) - se edifica a partir de un devenir sexuado específico. Asumir el deseo de hijo y su rol es entonces,

situarse como agente materno, como sujeto que funciona a su vez, como mediador de la función paterna.

Entendemos como función materna la capacidad de acción de quien ocupa el lugar de madre. Entre las características del agente materno están las funciones de narcisizar el cuerpo del bebé, semantizar y decodificar lo que se expresa a través del mismo. Es decir que para que el recién nacido pueda tener un desarrollo tanto físico como psíquico, el agente materno debe desempeñar las funciones de autoconservación y de formación del aparato psíquico.[1] Dentro de la constitución del aparato psíquico del niño, el agente materno debe transmitir una presencia por fuera de la relación madre-hijo, el lugar del padre, que debe operar simbólicamente a través de la madre. Se entiende entonces que el Otro primordial debe estar encarnado en un sujeto para poder tener capacidad de acción.

1.1 Estructuración psíquica de la niña

Freud procura explicar con el Edipo femenino cómo se deviene mujer, es decir, qué proceso se da en una estructura para que una persona con cierta configuración anatómica devenga mujer. Principalmente se puede leer que para Freud la propuesta del devenir femenino impone dos particularidades: un cambio de zona rectora erógena (del clítoris a la vagina) y un cambio de objeto (de la madre al padre). Esto es un preludio para adentrarnos en el tema de la maternidad.

1.1.1 La fase preedípica

La fase preedípica en psicoanálisis corresponde a un período del desarrollo psicosexual del niño o la niña que tiene lugar antes del Edipo y que marca profundamente la relación de la madre con su hijo. Acerca de la fase preedípica, Freud plantea que:

[1] Nota: Desde que René Spitz desarrolló sus investigaciones sobre el hospitalismo y la depresión anaclítica en niños pequeños dentro de instituciones hospitalarias, ha quedado claro que la función materna es mucho más que la satisfacción de las necesidades corporales del recién nacido. A pesar de que éstas pudieran estar completamente saciadas, poco a poco se presentaban en los niños que habían sido privados de un agente materno, perturbaciones a nivel somático, retraso del desarrollo corporal y cognitivo.

> Por una parte se puede dar al complejo de Edipo un contenido más lato, de suerte que abarque todos los vínculos del niño con ambos progenitores; por otro lado, también se puede dar razón de las nuevas experiencias diciendo que la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo. (Freud, 1931, p.228)

El principal motivo para que Freud diera cuenta de la asimetría del complejo de Edipo entre el varón y la mujer es una similitud: en ambos casos la madre es el objeto primordial. Es decir, el primer objeto de amor tanto para la niña como para el varoncito, es la madre. Freud, al plantear el complejo negativo en la niña, establece una especificidad de la sexualidad femenina: el cambio de objeto para una elección heterosexual. La niña debe pasar por un período preedípico considerado necesario para llegar hasta el padre y entrar efectivamente en el Edipo. Para poder sexualizar al padre, la niña sexualiza en primer término a la madre. Es por ello que Freud llama a la etapa preparatoria de sexualización del padre, la "fase preedípica". Tiene que haber un recorrido en el objeto sexual: primero la madre y luego el padre. Freud (1931) dice al respecto que "El endoso de ligazones afectivas del objeto madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la femineidad." (p.232)

Freud da cuenta del proceso de mudanza de la ligazón-madre en su clínica y trata de situarla en una dimensión primera, la más arcaica de las relaciones de objeto. Freud cavila sobre esta relación y plantea que:

> […] toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento […]. El segundo hecho enseñaba que habíamos subestimado también la duración de esa ligazón-madre […] era preciso admitir la posibilidad de que cierto número de personas del sexo femenino permanecieran atascadas en la ligazón-madre originaria y nunca produjeran una vuelta cabal hacia el varón. (Freud, 1931, p.228)

Freud señala, a partir de su práctica clínica, que esta relación con la madre al ser tan intensa hubiera sucumbido a una extrema represión. Además destaca algunos fenómenos de los cuales ha extraído varias conclusiones, por ejemplo, el hecho de que muchos de los hombres escogidos por las mujeres para su relación de pareja han heredado la ligazón-madre originaria en vez del vínculo con el padre, sacando a la luz en la vida de concubinato lo reprimido más originario. Además resalta que este período deja como secuela un momento abundante de fijaciones y predisposiciones.

Lo que cabe destacar, sin embargo, es que la relación con la madre es sin igual para todos los sujetos, de hecho, es uno de los pivotes de la subjetividad por la intensidad que caracteriza la ligazón con este objeto particular. Freud (1931) dice que "Quizá lo más correcto sea decir que la ligazón-madre tiene que irse a pique (al fundamento) justamente porque es la primera y es intensísima […]. (p.236)

Ahora bien, se pueden esperar ciertos resultados a partir de esta primera relación con el agente materno que serían determinantes con respecto a la subjetividad de la niña. Freud comenta que esta etapa preedípica implica la toma del arquetipo materno por parte de la pequeña. Es decir que han surgido varios elementos en cuanto a la identificación de la niña con el agente materno.

> Empero, la fase de la ligazón preedípica tierna es la decisiva para el futuro de la mujer; en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y costeará sus inapreciables rendimientos sociales. (Freud, 1932, p.124)

En este período la niña, al ser el objeto de los cuidados maternos, es decir, al ser amamantada, limpiada, vestida por su madre, comienza a adoptar esas mismas actividades, lo que se puede observar con claridad en su juego, en el cual Freud postula que toma un papel activo:

> La preferencia de la niña - a diferencia del varón - por el juego de la muñeca suele concebirse como signo del temprano despertar de la feminidad. Y no sin razón; empero, no debe pasarse por alto que lo que aquí se exterioriza es la actividad de la

> feminidad, y que esta predilección de la niña talvez atestigüe el carácter exclusivo de la ligazón con la madre, con total prescindencia del objeto padre. (Freud, 1931, p.238)

Otro resultado a tener en cuenta es el hecho de que durante este período se edifica una elección de objeto por apuntalamiento. El agente materno será el prototipo de objeto que la niña reconocerá como aquel objeto ideal par sí misma por haber recibido satisfacción a raíz de sus cuidados. Ha tenido lugar un fuerte interés psíquico hacia ese objeto que es la madre, y por ende, la futura elección exogámica de objeto se verá afectada por los elementos propios de esta primera relación.

1.1.2 El Complejo de Edipo y la castración

Ahora bien, si en el período preedípico la ligazón-madre también es la más fuerte para la niña, ¿por qué y de qué manera se sustituye a ésta por la ligazón-padre? ¿Cómo se produce el cambio de objeto? Freud menciona al menos cuatro razones para que se produzca este extrañamiento de la niña con respecto a la madre que serían factores determinantes en la sustitución del objeto.

En primera instancia, Freud sitúa elementos que tienen que ver con la sexualidad infantil, es decir, elementos que tendrían igual valor tanto para la niña como para el niño. Dentro de ellos está la rivalidad con la fratría: la venida al mundo de nuevos hermanos y la falta de exclusividad frente a la instancia parental despiertan celos en cualquier niño. Freud postula que este amor infantil es desmedido, que pide exclusividad absoluta y no se conforma con poco. Es decir que el objeto de amor no presenta fidelidad absoluta ante el niño o niña. Se podría conjeturar que el niño o niña tendría que comenzar a hacer cierto duelo de su relación anterior con la madre, incluso de una herida narcisista. Así mismo de la proliferación de agresividad dentro de la rivalidad fraterna por la envidia, dentro del eje imaginario donde el niño vería en su hermano la imagen de completud fundadora del deseo. (Chemama, Vandermersch, 2004b, p.79-80)

La frustración como daño imaginario apunta a la restitución de la completud yoica. Se destaca así que el dominio de las exigencias imaginarias es sin límite. Freud denota en

uno de sus textos que "De esos reproches a la madre, el que se remonta más atrás es el de haber suministrado poca leche al niño, lo cual es explicitado como falta de amor." (Freud, 1932, p.113)

Cabe decir, sin embargo, que los pedidos que el niño formula se dirigen hacia un Otro que va a escandir esas demandas dando o rehusando. Es así como el agente de la frustración deviene simbólico, ya que instaura, mediante su presencia o su ausencia, la simbolización.

Así mismo el hermano o hermana, introducido en la relación del niño con su madre viene a ocupar un lugar dentro del eje simbólico. Chemama y Vandermersch (2004b, p.80) dicen en su *Diccionario de Psicoanálisis* que "En efecto, el tercero introducido en la relación amorosa representa de manera constante el falo, en la modalidad del ser o del tener."

Dentro de la etapa anterior al Edipo, Lacan destaca que no se puede situar a la frustración, como una de las modalidades de la falta de objeto, en términos de objetos reales faltantes para el *infans*.

Un segundo motivo para el extrañamiento del objeto madre es que:

> […] este amor (del niño hacia el objeto madre) carece propiamente de meta, es incapaz de una satisfacción plena, y en lo esencial por eso está condenado a desembocar en un desengaño y dejar sitio a una actitud hostil.[2] (Freud, 1931, p.233)

Freud sitúa que durante esta época aparecen fantasías tanto en la niña como en el niño de darle un hijo a los progenitores, aun no sabiendo la relación estrecha entre el coito y el alumbramiento. Durante esta época, las teorías sexuales infantiles cobran todo su valor. Sin embargo, este deseo, al no poder ser ejecutado en la realidad, sucumbe "quizá sólo a falta de un cumplimiento demasiado tiempo anhelado" (Freud, 1919, p.185). Por ende, la libido puede desasirse de la madre y buscar un nuevo objeto o puede mantenerse pero con una meta sexual inhibida, es decir, de amor tierno, o inclusive, ambas.

[2] Nota: El contenido del primer paréntesis es texto de los autores con el objetivo de clarificar el contexto.

Hay que situar en este punto al menos cierta operancia de la Ley de la interdicción del incesto. En otros términos, la castración está funcionando en una de las matrices edípicas de la madre, de donde se puede sacar a relucir que está operando ya el padre simbólico. Matriz dentro del discurso de la madre que está estructurando la subjetividad del niño o la niña.

Un tercer motivo que Freud señala dentro del extrañamiento del objeto madre se relaciona con el quehacer fálico del niño o niña. Para Freud este quehacer es evidencia del despertar sexual infantil. Dentro de la especificidad de este quehacer masturbatorio, está planteada la falta de representación de fantasías simultáneas. La masturbación es concebida como una forma de descarga de la excitación, producto del contacto con el cuerpo durante los procesos de higiene de éste. Así Freud (1931) señala que "la prohibición de masturbarse se convierte en la ocasión para dejar de hacerlo, pero también es motivo para rebelarse contra la persona prohibidora, vale decir la madre o su sustituto." (p.234)

Este tercer motivo se refuerza con la amenaza de castración que Freud plantea en el caso del niño. Además aparece la idea de la conciencia de culpa en cuanto a la transgresión de una prohibición. La insistencia, la obstinación y la terquedad ante esta prohibición, para Freud, pueden tener consecuencias en la elección de objeto futura.

Ahora bien, el cuarto motivo para este extrañamiento con el objeto madre por parte de la niña es el que tiene más preponderancia en la obra freudiana. Freud destaca que la diferencia anatómica, es decir lo real del cuerpo, produce consecuencias psíquicas. Hay una asimetría en lo real del cuerpo que provocará distintos atravesamientos del complejo de Edipo. Esta asimetría está directamente vinculada al complejo de castración. Freud (1931) establece que un motivo que marca el extrañamiento decisivo frente al objeto madre es que aquella no la dotó de un pene: "al final de esta primera fase de la ligazón-madre emerge como el más intenso motivo de extrañamiento de la hija con respecto de la madre el reproche de no haberla dotado de un genital correcto […]" (p.235)

No se puede entender este último motivo, ni las consecuencias que se derivan de él en cuanto al complejo de Edipo y al de castración, si no se lo vincula con lo que Freud reconoce y asigna bajo el nombre de "primacía del falo", la cual se incluye para ambos sexos.

> El carácter principal de esta organización genital infantil […] reside en que, para ambos sexos, solo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo. (Freud, 1923, p.146)

Es decir que en esta etapa infantil tanto el niño como la niña toman un solo órgano, el pene, que va a ser el soporte de la lectura de la diferenciación de los dos sexos pero no en una lógica de pene/vagina sino en una lógica de fálico/castrado. La lectura del cuerpo se organiza en referencia a la presencia o a la ausencia de pene, como un par antitético universal. El falo equivale a un elemento mediante el cual se implanta la sexualidad en la niña, al contrastar con una presencia universal la lectura de una falta en su cuerpo. Es decir que en esta fase se lee una ausencia, se ve una falta en la mujer (cosa que solo podría ocurrir con el supuesto de una simbolización de que algo estuvo ahí antes, aunque nunca ocurrió tal) en lugar de notar la presencia de la vagina. En lo real no falta nada, es por un símbolo que una falta se hace presente. De esta manera Lacan, en 1956, asevera que "La ausencia de algo en lo real es puramente simbólica. Si un objeto falta de su lugar es porque mediante una ley definimos que debería estar ahí." (Lacan en Miller, 1994, p.40)

Es aquí donde se juega la noción de símbolo. Si el pene se ha vuelto un símbolo de lectura de una falta en el cuerpo de la mujer es porque se ha constituido en primer término como vaciamiento de lo real, ha devenido significante: "si el falo tiene valor de símbolo, es precisamente porque no se confunde con el órgano biológico" (Chemama, Vandermersch, 2004e, p.632-634). Es esta simbolización la que hace de la diferencia sexual, una concatenación con el lenguaje, donde la presencia o ausencia de pene se transforma en el criterio más preponderante para la clasificación de los seres humanos y con su correlativo: el proceso de asunción de su sexo en el sujeto.

Pero abordemos qué sucede en la niña a raíz de este acontecimiento de la visión del órgano masculino. En primer lugar, la niña desconoce que esto es un carácter sexual y es por ello que la falta de pene tiene repercusiones traumáticas. La niña entonces comienza a elaborar hipótesis contra un narcisismo magullado: piensa que algún día efectivamente lo tuvo pero que luego lo perdió por castración, o piensa que algún día cuando crezca tendrá un apéndice tan grande como el de un muchacho.

> Pero la niña no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino que lo explica mediante el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande, y después lo perdió por castración […]. La niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación. (Freud, 1924, p.186)

A partir de su visión del órgano genital masculino, establecerá de igual manera que la madre no tiene pene. Descubre que no existe la madre fálica, que ella misma está castrada y poco a poco comenzará a extender a todas las mujeres el mismo destino: todas sin excepción han sufrido la castración. Así, el extrañamiento frente al objeto madre se daría radicalmente.

> Lo que sucede en el caso de la niña es casi lo contrario. El complejo de castración prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo; bajo la influencia de la envidia del pene, la pequeña queda expulsada de la relación con su madre y se apresura a entrar en la situación edípica como en un puerto. (Freud, 1931, p.120)

La niña sufre una cierta fantasía de haber sido privada de falo. La envidia del pene, *Penisneid*, es el resultado de este proceso. Este sería un concepto que apunta a cierto manejo discursivo de las mujeres en el cual buscan una reivindicación. Lacan sitúa la envidia con la palabra latina *invidia*, mirar a alguien de costado, con desconfianza o rencor frente a la imagen de completud del otro (Chemama, Vandermersch, 2004d, p.196). Es decir, ser capaz de situar el deseo en el otro.

Por su parte Nasio (2007) prefiere usar el término "anhelo de Falo" en vez de envidia de pene "para que quede claro que la niña no envidia el órgano peniano del varón, sino que ansía el símbolo de poder que ese órgano representa a los ojos de los niños". (p.60)

Es de amplias miras examinar un poco más de cerca las diferentes maneras por las cuales la niña atraviesa el complejo de Edipo y de castración y las consecuencias psíquicas que dicho atravesamiento puede tener en su estructuración. El complejo de castración,

articulado con el Edipo, presenta un trío de posibilidades para la salida femenina del Edipo. Son modos de enfrentar aquella falta producto de la castración.

> El descubrimiento de su castración es un punto de viraje en el desarrollo de la niña. De ahí parten tres orientaciones del desarrollo: una lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la siguiente, a la alteración del carácter en el sentido de complejo de masculinidad, la tercera, en fin, a la feminidad normal. (Freud, 1931, p.117)

Freud postula que a raíz de que la niña siente que ha sufrido una castración, toma una actitud de menosprecio hacia todas sus congéneres. Sin embargo, puede tomar una actitud de revuelta contra esta situación que le resulta desagradable debido a su narcisismo. Esto la lleva en primer lugar, a un extrañamiento respecto de la sexualidad. Al haber tomado el cuerpo del varón como referencia para la lectura de su propio cuerpo, menosprecia su quehacer clitorídeo y en extensión a ello, una renuncia tanto a la sexualidad en general, como a su posición activa frente a los objetos. Podría ponerse aquí de manifiesto uno de los posibles orígenes psíquicos de la frigidez.

El segundo punto de viraje es una identificación radical con el niño, es decir que la niña eleva el deseo de poseer un pene como condición de fin vital. Esta esperanza de tenerlo provoca un "complejo de masculinidad" que puede ser una de las causas de la elección de un objeto homosexual. Ella ansía ser un varón, lo que parecería ser un fantasma producto de esta etapa. Así, como efecto de este complejo se produce un ascenso de la actividad clitorídea, una evitación de una forma pasiva de satisfacción y una identificación con la madre fálica o con el padre (Freud, 1931, p.120). Dentro de esta hipótesis, Freud ensambla un proceso de desmentida, donde se rehúsa a aceptar el hecho de su castración.

En la tercera orientación se da un posicionamiento exclusivo que apunta al deseo de hijo, es decir, a la maternidad. Cabe recalcar que para Freud esta tercera salida es la que considera "normal" y propiamente femenina. Es aquí donde realmente interviene el padre como aquel nuevo objeto de amor que le dará un hijo. Pero añade que esta salida implica ciertos rodeos que tienen que ver con una ecuación simbólica (donde el hijo es sustituto del pene) y con la prohibición del incesto.

Ahora bien, si hay un rasgo particular en el desarrollo de la niña, es el tiempo que le toma la desexualización de los progenitores. Si en la fase preedípica la niña desexualizó al objeto madre de manera imparcial e incluso a veces nunca lo logra hacer, en el Edipo propiamente dicho la niña desexualiza al padre muy lentamente.

Finalmente, se puede concluir que la niña ha entrado en el Edipo, es decir que ha sexualizado a su padre después de haber rechazado a la madre. Por ello, Freud (1931) comenta que:

> […] el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la mujer nunca lo supere. (p.232)

1.2 La maternidad

La maternidad se plantea como un posible desenlace del atravesamiento del complejo de Edipo y castración por parte de una niña y no como un instinto materno propio de la mujer. Hay que destacar que el producto de esta salida del Edipo es la instalación de un deseo inconsciente, el deseo de hijo, en un sujeto. Un sujeto sólo puede devenir deseante a partir de la producción de una falta que se ha ido constituyendo como pivote mismo de la estructura subjetiva. Freud (1923) plantea que:

> Con acierto se ha señalado que el niño adquiere la representación de un daño narcisista por pérdida corporal ya a raíz de la pérdida del pecho materno luego de mamar, de la cotidiana disposición de las heces, y aun de la separación del vientre de la madre al nacer. Empero, sólo cabe hablar de un complejo de castración

> cuando esta representación de una pérdida se ha enlazado con los genitales masculinos. (p.147-148)[3]

Es decir que hay una *representación* de una *pérdida* ligada al *falo* que viene a resignificar eventos anteriores dándoles un sentido, el sentido de ausencia, de carencia, de separación. Es el orden simbólico que ha creado la falta. Sólo a partir de que el pene ha devenido significante, despojado de su realidad anatómica, e ingresado en el terreno del mundo simbólico, es como éste puede tener consecuencias en el psiquismo. La castración entonces ha marcado un corte, una ruptura que incide en la imagen del cuerpo y que impide satisfacerse plenamente en la imagen. La pieza que falta en la imagen especular no es nada menos que el falo, efecto de la metáfora paterna. "Es decir que se trata de un corte sobre lo imaginario que captura al sujeto en el orden simbólico." (Safouan, p. 241-242)

Como efecto de este pasaje se estructurarán una serie de elementos que serán determinantes en la elección de objeto futura para el sujeto así como su posición sexual. Y es bajo la estrecha vinculación del falo con la castración donde se juega la sexualidad. Las consecuencias están estrictamente relacionadas en cuanto a lo que Freud estableció como las tres series de caracteres de la vida sexual: los caracteres sexuales somáticos, el carácter sexual psíquico y el tipo de elección de objeto. Por ende, cabe adentrarse a un examen de la maternidad bajo esta óptica.

1.2.1 Deseo de hijo

Como se planteó anteriormente, una de las posibles salidas del Edipo femenino deriva en la feminidad normal, que para Freud implica el deseo de hijo. El sentimiento de envidia del pene, que se produce en la niña como resultado del descubrimiento de su castración es aquello que posibilita la vía de sustitución de aquel objeto del que se encuentra privada, de una manera distinta, es decir dentro del orden simbólico. Es decir que para Freud la envidia de pene, en un proceso de sustitución, se liga con el deseo de tener un hijo.

[3] Cfr. Nota al pie #6 de la obra freudiana.

> El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la situación solo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo. (Freud, 1933, p.119)

El padre es entonces el nuevo objeto de amor que será quien otorgará el hijo a la niña. Con esto se resume que para Freud el complejo de castración coloca a la niña en una elección de objeto heterosexual. De ahí que Lacan en 1958 dijera:

> Tengan en cuenta también que la salida del complejo de Edipo es, como todo el mundo sabe, distinta para la mujer. Para ella, en efecto, esta tercera etapa […] es mucho más simple. Ella no ha de enfrentarse con esa identificación, ni ha de conservar ese título de virilidad. Sabe dónde está eso y sabe dónde ha de ir a buscarlo, al padre, y se dirige hacia quien lo tiene. (Lacan en Miller, 2004, p.201)

Una vez que la niña acepta la promesa de su padre, que lleva la instauración de la Ley implícita, la niña renuncia al deseo de darle en lo real un hijo a su progenitor. Aquel deseo incestuoso, sin embargo, se mantendrá reprimido y será lo que empujará a la pequeña a encontrar en el futuro su objeto amoroso fuera del núcleo familiar, es decir, exogámicamente de acuerdo a las leyes establecidas socialmente. El nuevo objeto seguramente tendrá características del padre que imaginariamente le fueron atribuidas, como efecto de la historia particular de la niña.

En este momento se juega una posición de la niña frente a aquel que posea el falo. La niña en su afán de poseerlo debe volverse objeto de deseo para quien ella supone que lo tiene (de ahí que Freud destacara que la mujer busca hacerse amar más allá de amar a un objeto[4]). Esto producirá que la niña vuelva nuevamente a la madre, esta vez para tomar de ella aquellos elementos que considere imaginariamente como los que son condición para ser amada por el padre.

[4]Cfr: Freud, Sigmund. "Introducción al Narcisismo" en *Obras Completas XIV*. Pg. 85-86.

> Es natural entonces que la niña se acerque a su madre y se identifique con ella, más exactamente con el deseo de la madre de gustarle a su compañero y ser amada por él. El comportamiento edípico de la niña se inspira plenamente en el ideal femenino que encarna la madre; la niña entonces comenzará a adentrarse en el arte de seducir al hombre. (Nasio, 2007, p.62)

Entonces, la identificación con la madre es, por una parte, una identificación con su posición del deseo frente al significante fálico, la constatación de la similitud corpórea y aquellos elementos imaginarios que se consideren femeninos. Esto va muy bien emparejado con el hecho de que Freud planteara que el superyó femenino no era tan severo como el del varón.

Ahora bien, hay que describir el proceso por el cual el pene se sustituye por el hijo. Dicho proceso consiste en el rodeo que le permitirá a una mujer solucionar a nivel simbólico, la falta que la aqueja inconscientemente desde su infancia. Freud da cuenta de un tipo de ecuación, de una serie de sustituciones, a la que llama "ecuación simbólica". La ecuación simbólica indica ya un proceso de sustituciones de la misma índole que juegan un papel importante en el surgimiento del deseo de hijo.

> Pero ahora la libido de la niña se desliza - sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo - a una nueva posición. Resigna el deseo de pene para reemplazarlo por el deseo de hijo y con este propósito toma al padre como objeto de amor. (Freud, 1925, p.274)

El proceso de la ecuación simbólica es detenidamente examinado por Freud (1917) en su texto *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*. Describe allí sus hallazgos con respecto a las producciones del inconsciente y además sobre cómo los conceptos de caca-hijo-pene-dinero-regalo (*das Kleine*, o "lo pequeño" y *Lumpf* o "lo separable del cuerpo" y además "lo intercambiable", lo que puede circular de una persona a otra) son permutados en aquellas formaciones, especialmente el par hijo-pene. Aquí se puede dar cuenta una vez más de que el concepto de falo es diferente al de pene, así como postula Laplanche y Pontalis (1974) en cuanto al falo: "en suma, tanto o más que un

símbolo, el falo se encuentra como significación, como lo que está simbolizado en las más diversas representaciones […]*"*. (pg. 142)

Freud comenta que en muchas mujeres se encuentra el deseo reprimido de poseer un pene, en otras el deseo de hijo y en otras ambos deseos que se generaron en la infancia. Este deseo de pene y de hijo se mudará posteriormente en el deseo de varón ("de" en cuanto el genitivo objetivo), varón que para Freud no es más que un apéndice del pene a la vista de la mujer y sin lo cual no se podría tener el hijo. La mujer sabe que sólo a través de un hombre, es decir, de un objeto heterosexual, podrá llegar a tener eventualmente su propio hijo (o confiere al hijo una filiación a una figura paterna, como a un tótem, etc.).

El Edipo debe madurar para que entonces la niña busque en un hombre a aquel que le dará el falo. Es decir, que superponga la figura del padre imaginario a un hombre quien le dará el falo simbólico a través de un hijo. Pero para esto la mujer primero debe atravesar ese largo camino que según Freud muchas de las veces es incompleto, el de desexualizar a su padre. Más tarde entonces, a partir del segundo momento de la constitución de la sexualidad humana, la pubertad, es necesario que la muchacha desee gozar del cuerpo y del sexo de un hombre. Correlativamente se va a descubrir la función de la vagina y la erogenización de esta zona, consumándose el cambio de zona u órgano. El anhelo de falo, el deseo de sustituirlo con un hijo y el deseo de darle un hijo al padre, se entrelazan entonces, junto con el pene real de un hombre.

El deseo de hijo, por lo tanto, da cuenta de la sexuación en la mujer, es decir de su posicionamiento femenino. Este posicionamiento incluye la aceptación de lo real de su cuerpo, de la imposibilidad de poseer un pene real, y de la asunción de aquellos roles que imaginariamente forman parte de la función materna. Por otra parte, como lo dicen Chemama y Vandermersch (2004a, p.145) "un rechazo de este deseo de hijo equivaldría a un rechazo de la femineidad".

Habría que concluir, entonces, que el deseo de maternidad es una forma por la cual se procura resolver la cuestión de la femineidad, pues constituye una cierta vía de respuesta simbólica ante el enigma de la mujer. El deseo de maternidad es una salida simbólica producto del trayecto de la castración y el Edipo femenino. Es decir que una feminidad con aras a la maternidad apunta a la niña quien demandará a un hombre un hijo. Detrás de esta demanda de hijo al hombre se encuentra un recorrido en el cual la prohibición del incesto ha devenido Ley, una Ley organizadora por la cual el hombre debe ser buscado

exogámicamente. La clínica psicoanalítica demuestra que la mujer vive su femineidad especialmente a través de este deseo de maternidad que si bien no se realiza en lo real, al menos sí en el campo simbólico o imaginario.

1.2.2 Embarazo

El embarazo es un período que marca un tiempo importante en la vida de una mujer que ha salido del Edipo por la vía de la maternidad. Es un momento en donde todo aquello que fue producido en la infancia por el complejo de Edipo y la castración se juega nuevamente en torno a este evento. La relación entre la madre y el *infans* está estrechamente vinculada a los anteriores complejos. Es un momento en el que se anima inconscientemente ese largo recorrido que ha sufrido una niña, ahora convertida en mujer. Todos los elementos jugados en sus fantasías edípicas son nuevamente reinvestidos. Es en este tiempo en el cual muchos aspectos acerca de la cuestión de la feminidad se reaniman, es decir que vuelven a ser operantes, a producir efectos. Todo este bagaje será una de las mayores determinantes en la estructuración del *infans* que comienza a precipitarse a raíz del embarazo.

Freud acentúa que cuando aparece el hijo, es decir, cuando una mujer sabe que está embarazada, lo inviste con un potente interés. El hijo recibe también la significación de una prueba de amor, de un regalo (Freud, 1917, 122-123). Esta observación freudiana es interesante ya que el regalo proviene de alguien y además es un don. Al respecto, Piera Aulagnier (1994) precisa que la mujer embarazada representa al embrión que está madurando dentro de sí como un cuerpo imaginado (p.285), imagen que será muy libidinizada por la madre. En otros términos, el embarazo tiene una fuerte incidencia sobre la economía libidinal de la mujer. Cabe preguntarse, a raíz de la teoría freudiana, si esta libido es una libido de objeto o una libido yoica. Una cita freudiana interesante nos podría ayudar:

> Ya hemos dicho que en otros casos es solo el hijo el que produce el paso del amor narcisista de sí mismo al amor de objeto. Por consiguiente, también en este punto el hijo puede ser subrogado del pene. (Freud, 1917, p.119)

Sin embargo, es preciso hacer una aproximación más matizada para entrever los destinos que la libido puede encontrar en este momento del embarazo para la madre. Una pertinente pregunta que se plantea Safouan (2005) es la siguiente:

> Pero, ¿se trata de su relación con un falo con el cual rivaliza y al que reinvindica, posición que conduce, a veces, a lo que se puede llamar una falsa maternidad, donde el niño sería una especie de sucedáneo fálico? ¿O bien se trata del falo en la medida que la mujer consintió en su pérdida por haberlo reconocido en el Padre, en cuyo caso el niño representaría el falo, sí, pero como objeto de castración y no de frustración? (p.62)

Esta es una pregunta de muy vasto alcance porque posiciona a la madre de diferente manera frente al niño que va a venir: en la primera como un sucedáneo fálico y en la segunda como sujeto a devenir. Es aquí donde se puede esbozar la pregunta sobre la posición que adquiere la madre de un posible niño psicótico. También hay que recalcar que es un poco apresurado decir que por el hecho de que una mujer esté embarazada, conciba al ser que lleva dentro de su vientre como un sujeto poseedor de un deseo diferente y propio. Así, como Mannoni (1984) apunta, podría suceder que:

> Este hijo es primero una especie de evocación alucinatoria de su propia infancia y que se perdió. El niño de mañana está primero en la huella del recuerdo donde se encuentran incluidas todas las heridas que se sufrieron, expresadas en el lenguaje del corazón o del cuerpo. De este modo en las madres de los psicóticos las diferentes etapas del embrión serán vividas, en el plano imaginario, como el desarrollo de un cuerpo parcial en el interior de ellas mismas. (p. 66 - 67)

Es entonces cuando cabe preguntarse qué lugar ocupa un bebé para una mujer embarazada, qué posición toma en cuanto a este nuevo evento que es el embarazo. La clínica muestra que en varios casos el embarazo es vivido como una enfermedad, como un momento de sufrimiento y lesión orgánica, se vive el embarazo a nivel de lo real. Así, en el segundo capítulo del texto *Introducción al Narcisismo* se plantea la influencia de la afección

orgánica sobre la distribución de la libido. Freud pone en juego la idea de que mientras se está en un estado de dolor, se retira la libido de los objetos. Este estado se asemeja a la hipocondría donde se retiran interés y libido de los objetos del mundo exterior y se los concentra sobre un órgano. Entonces, el hijo es vivido como:

> El hijo, o mejor dicho eso que, en ese momento, es este objeto interior, es para la madre un significante corporal que, como todo lo que es para ella del orden del significante, no es simbolizable. (Aulagnier, 1994, p.289-290)

Y más adelante ella mismo dice, "Pero, en el plano de la dinámica libidinal, ese "cuerpo real" se nos presenta entonces como una simple prolongación del narcisismo materno […]". (Aulagnier, 1994, p.290)

El proceso de embarazo también incide en cuanto al enamoramiento. Freud postula además una oposición entre libido yoica y libido de objeto. Plantea que mientras más se gasta una, más se empobrece la otra. Esto nos da la idea de una dinámica de la libido. Ahora bien, después de esta idea, Freud define el enamoramiento (*Verliebheit*) como la resignación de la libido yoica a favor de la libido de objeto. Aquí es más palpable el movimiento libidinal que puede ir tanto hacia el *infans* (libido de objeto) como al yo de la madre. Esto es lo que va a producir la falicización del *infans* como "His majesty the baby".

1.2.3 Alumbramiento

El alumbramiento es un momento particular en la maternidad y decisivo en cuanto a la relación madre-hijo. En ocasiones puede ser vivido con mucha angustia, por un lado por el riesgo que implica el procedimiento y por otro debido a la aparición del hijo fuera del vientre. Así mismo, en este momento se jugará el contraste entre el cuerpo del hijo esperado por la madre, es decir, la representación imaginaria que ella pudo haber construido del bebé que crecía en su vientre, y el cuerpo real del niño que aparece al momento del alumbramiento. Que la madre pueda o no asimilar dicho contraste en los primeros contactos con su hijo, tendrá en definitiva múltiples consecuencias en relación a

la posición que este niño pueda ocupar dentro del deseo materno. Por otra parte, aquí se realiza un primer corte de la madre respecto al hijo, un corte real que constituye el corte del cordón umbilical. Es como si esta salida del vientre materno implicara ya un otorgamiento del hijo al mundo. Del mismo modo, el alumbramiento involucra para una mujer una declaración de sexo en tanto este momento está íntimamente vinculado al hecho de ser mujer[5].

La clínica de la depresión postparto y la psicosis puerperal dan cuenta de una gran libidinización del objeto/hijo/falo. En la mayoría de casos, el niño antes de nacer es investido fantasmáticamente por su madre como un ser separable de ella, independiente de la existencia de la madre, dando cuenta de la operancia de la Ley de prohibición del incesto. Sin embargo, en algunas ocasiones esto no sucede. Por ello, Dör (2000) dice:

> En ciertas futuras madres sucede, por el contrario, que el niño es investido como una dependencia de su propio cuerpo. En estas condiciones la separación del hijo y la madre es de antemano intolerable. (p. 99)

Es en el momento del alumbramiento cuando se produce un corte real. El hijo era parte del cuerpo de la madre, de sus entrañas, eran uno solo, y ahora es extraído de ella, separado de ella por una disección real que tiene lugar en la mutilación del cordón umbilical (efectuada por un doctor a veces, acompañada por una multitud de personas), con la caída de la placenta como aquello que no pertenece ni a la madre ni al hijo.

El alumbramiento, entonces, también podría concebirse como un momento en que se reactualiza la castración, es decir que el hijo también debe ser entregado a la sociedad, la madre no puede reintegrar su producto. El hijo que le fue prometido a la madre cuando niña deberá ser separado de ella para poder ingresar en los intercambios humanos. Podría decirse que es necesario efectuar una segunda castración, hacer un duelo del hijo/falo. Por ello Aulagnier (1994) apunta que:

[5] Cfr. "Inhibición, síntoma y angustia" en *Obras Completas*, vol. XX pg. 128-131
La pérdida de objeto se entrelaza tanto para la madre como para el recién nacido. Freud relaciona la pérdida con la angustia, de esta manera cualquier forma de pérdida de objeto estimado en gran medida va a provocar un efecto angustiante. Freud postula además que para el recién nacido "la vida uterina y primera infancia constituyen un continuo, en medida mucho mayor de lo que nos lo haría pensar la llamativa censura del acto de nacimiento." (pg. 131) Habría que pensar si lo mismo ocurre para la madre, incluso hasta varios años después del alumbramiento.

> […] el duelo es eso que vemos de la lucha que emprende el sujeto para retirar su libido del objeto perdido, para reinvestir al servicio del yo una energía libidinal que debe ser recuperada. (p.286)

Y es poco a poco como esta experiencia tendría que producirse ya que en la mayoría de los casos, parecería que hay una *Verliebheit*, un enamoramiento de la madre hacia el niño. La representación imaginaria del niño se superpone al niño real, convirtiéndolo en un objeto ideal, sobreestimándolo. La falta y el deseo en la madre parecerían obturados temporalmente. De ahí que Lacan, en 1968, comente en *Discurso de clausura de las jornadas sobre psicosis infantil* que "sin embargo, lo importante no es que el objeto transicional preserve la autonomía del niño sino que el niño sirva o no de objeto transicional a la madre (Yankelevich et. al, 1976, p.150). Es decir, es imprescindible que se haga una experiencia paulatina de separación entre la madre y su hijo recién nacido, separación que es posible a través de ciertos acontecimientos que tienen lugar durante el desarrollo del niño, como por ejemplo, el destete, el comienzo de la locomoción, etc.

Lo que se debe recalcar es que el duelo sólo se da cuando el niño fue concebido por la madre como un ser separable e independiente de ella, dando cuenta aquí de la eficacia de la castración simbólica en su estructura. Ya que, aunque físicamente una madre y un niño puedan estar separados, la madre puede no concebir a su hijo como otro diferente de ella. Es aquí donde comienza la problemática esencial de este trabajo, en esa relación particular de la madre con su hijo.

CAPÍTULO II

2. LA DIALÉCTICA MADRE-HIJO EN LA ESTRUCTURACIÓN SUBJETIVA DEL NIÑO

El nacimiento psíquico de un sujeto no ocurre al mismo tiempo que su nacimiento biológico. De manera prematura el humano recién nacido llega y se ubica en un espacio de contención materna en dónde deberá sostenerse únicamente a través de ciertos mecanismos innatos o automatismos primitivos que le permitirán la supervivencia. Este cuerpo real, naturalmente dependiente y limitado en un principio, constituirá el lugar físico sobre el cual se dará inicio a la construcción de un sujeto propiamente dicho.

Para que tal proyecto se lleve a cabo es imprescindible que sobre aquella superficie algo más haga función. Este algo que en la teoría psicoanalítica tiene el nombre del Otro primordial, se encarna en la madre para recortar de entrada con su deseo al futuro sujeto. Y es el deseo de la madre precisamente lo que hace posible el entrecruzamiento del cuerpo de su hijo en tanto real, con su concepción en los otros dos registros que lo anteceden, el imaginario y el simbólico. Sólo a partir de la instauración de una dialéctica del deseo entre el niño y su madre, es cómo aquel logrará, desde los primeros años de vida, estructurarse psíquicamente.

Sin embargo, la actividad materna no viene dada por el hecho de que una mujer se encuentre con su producto, ni es en definitiva el camino único que una mujer toma frente al nacimiento de su hijo. Es necesario, además de la presencia real del bebé, que aquella lo "adopte" como hijo suyo, como aquel al cual ella debe su posición de madre. Entonces, una mujer puede reconocerse como madre al propiciarle los cuidados a su hijo y a la vez, permitirle a su bebé identificarse con su objeto de deseo materno.

Pero el deseo de hijo, más específicamente, el deseo de adoptar a un niño como hijo suyo tiene su causa mucho antes del alumbramiento. El niño no es, en definitiva, la causa del deseo de su madre sino que es aquello que ella significó con anticipación como el objeto que podría colmar su deseo. Es el vacío, la falta en la madre, el punto donde el hijo habrá de advenir (Aulagnier, 1994, p.162).

Sólo así puede darse, desde el primer encuentro entre la madre y su hijo, una dialéctica que precipitará la constitución del niño en tanto sujeto. La dimensión imaginaria en el sujeto, así como la simbólica, encuentran sus primeros esbozos desde el inicio de la vida.

2.1 El Estadio del Espejo

El niño al nacer no es un sujeto propiamente dicho. Aún no puede diferenciarse a sí mismo de aquello exterior que lo rodea, ni puede reconocer a los objetos como separados de su cuerpo. Dentro del proceso de estructuración de los sujetos se encuentra la constitución de la identidad, la cual solo es posible a través de la mirada de reconocimiento del Otro, que funciona como imagen especular a partir de la cual el *infans* se observa y se reconoce a sí mismo. Para explicar la construcción de la identidad del sujeto, Jacques Lacan habla del Estadio del Espejo.

El Estadio del Espejo, tal como lo presentó su autor en 1949, debe comprenderse como un proceso de "identificación" en el sentido de una transformación producida en el bebé cuando asume la imagen que ve en el espejo como suya (Lacan 2002, p.87). En un período que va desde los 6 a los 18 meses, un niño logra poco a poco aceptar aquella imagen que le devuelve el espejo como propia, a la vez que se constituye así la instancia imaginaria en el sujeto. Es el momento de la identificación a la imagen del cuerpo; identificación primordial que da como resultado la formación de la función del yo, que además, es el fundamento sobre el cual se asentará el tronco de las identificaciones futuras.

> Esta relación erótica en que el individuo humano se fija en una imagen que lo enajena a sí mismo, tal es la energía y tal es la forma en donde toma su origen esa organización pasional a la que llamará su yo. (Lacan, 2002, p.106)

Tenemos así al pequeño niño conducido por su madre a mirarse en el espejo por primera vez. Tras una confusión inicial frente a una imagen que parece la de un otro en la realidad,

el niño finalmente descubre de manera espontánea que el otro del espejo no es un ser real sino tan sólo una imagen del mismo. Todo su comportamiento, sus gestos y movimientos frente al espejo, indican que ahora sabe muy bien diferenciar la imagen del otro de la realidad del otro (Dör, 2000, p.92). Pero la conquista definitiva de la imagen del cuerpo sólo tiene lugar en el momento en el que el niño inquieto regresa la mirada hacia su madre buscando su asentimiento. El gesto atento de ella, que muestra sorpresa y satisfacción, le confirma al niño que aquella imagen frente a él, una imagen acabada y unificada de su cuerpo le corresponde a sí mismo.

La reacción de algarabía, de fascinación por la imagen especular no es sino la evidencia clara de que el niño puede ver en esa imagen completa la anticipación del dominio de su cuerpo; control que aún le es imposible ejecutar en la realidad efectiva.

> Lo que he llamado el *estadio del espejo* tiene el interés de manifestar el dinamismo afectivo por el que el sujeto se identifica primordialmente con la *Gestalt* visual de su propio cuerpo: es, con relación a la incoordinación todavía muy profunda de su propia motricidad, unidad ideal, imago salvadora. (Lacan, 2002, p.105)

En efecto, aunque en lo real el cuerpo del pequeño no corresponde verdaderamente con su imagen especular, el niño se apresura a identificarse con aquella imagen que lo captura narcisísticamente en tanto se le aparece como una promesa del total acabamiento de su cuerpo y de sus destrezas. Con la imagen especular aparece el primer referente que el niño tiene sobre sí mismo, esa imagen que constituirá el fundamento de su identidad.

2.1.1 La función de la imagen.

Es importante recalcar en primer lugar que el registro imaginario corresponde a todo aquello que los sujetos pueden percibir a través de los sentidos. El registro imaginario envuelve o recubre junto con el registro simbólico aquello del orden de lo real que de otro modo resultaría por demás inaprensible para los sujetos. En efecto, la realidad que rodea a

los seres humanos no sería tal de no haberse levantado sobre lo real su representación imaginaria y simbólica, permitiendo el conocimiento del mundo en el que vivimos.

Continuando con esta idea, la piel constituye la superficie del cuerpo y consecuentemente su imagen, en tanto envuelve y oculta lo real inaccesible. Lo que vemos en el reflejo especular son únicamente los aspectos visuales del cuerpo, conociendo además que habrá muchos rasgos que inevitablemente quedarán fuera de la especularidad. Lo no especularizable explica entonces por qué Lacan afirma que la imagen que el sujeto tiene de sí mismo no corresponde nunca a la realidad de su cuerpo, es decir, de su yo.

> Pero el yo no es igual a su imagen, aunque él lo ignore; el yo no es igual a sí mismo. Son muchos los elementos que no pasan a la imagen y, a la inversa, son varios los atributos de la imagen que no se corresponden con la realidad de la persona. (Magán de Cid, D'Angelo, 2003, p.43)

"Yo es otro", dirá Lacan (2002, p.110), citando a su vez al poeta Rimbaud, para significar que sobre aquel fundamento de desconocimiento que genera la imagen especular es donde se asienta toda posibilidad de estructuración subjetiva. "Se puede decir entonces que el yo es la imagen del espejo en su estructura invertida. El sujeto se confunde con esta imagen que lo "forma" y lo aliena primordialmente." (Chemama, 2002b, p.456)

Es a este acontecimiento al cual se denomina identificación narcisística. Es el momento de la identificación a una imagen que representa al ser aunque no lo es y que lo aliena mediante el señuelo de comportarse como la imagen de sí mismo. Una vez constituida la unidad de su imagen, el sujeto en formación podrá construir desde su mundo imaginario, el mundo y los objetos que lo rodean. En efecto, es la función formadora y unificadora de la imagen aquello que le otorga al yo la certeza de su identidad permitiéndole proyectarse en el espacio y anticiparse de manera que su permanencia, su mismidad no corran el riesgo de desintegrarse con el paso del tiempo o frente a situaciones que impliquen algún tipo de cambio.

2.1.2 El Otro en la relación especular.

La cría del ser humano es la única en el reino animal que tarda años en lograr la maduración fisiológica de su cuerpo. A esta condición propia del humano se denomina prematuración. El recién nacido deberá continuar su desarrollo fuera del vientre materno siendo para esto evidentemente necesario que sea otro quien lo acoja y le brinde la asistencia apropiada para su supervivencia.

Si bien es cierto que el bebé se encuentra ampliamente discapacitado en muchos aspectos, no podemos negar que para el momento de su nacimiento el niño ya cuenta con ciertos rasgos constitucionales que le permitirán asirse al espacio de contención materna. Alfredo Jerusalinsky (2011, p.65) describe de manera interesante en su libro *Psicoanálisis del Autismo* cómo aquellos rasgos innatos en el bebé precipitan de manera natural el fundamento del intercambio entre éste y su madre. La actividad refleja arcaica, la gestualidad refleja, el tono muscular, la actividad postural y los ritmos biológicos constituyen las señales que emanan del cuerpo del recién nacido y que promueven una serie de acciones en aquella persona que esté dispuesta a dar una lectura a tales signos.

El cuerpo del niño que nace, es un cuerpo que se experimenta como invadido por sensaciones internas dominadas por la más completa desorganización. Esta es la representación mental que el niño tiene de sí mismo en el estadio anterior al fenómeno especular, es decir, como un cuerpo fragmentado. El niño tan sólo puede sentir dentro de sí la tensión propia de las necesidades orgánicas que buscan ser satisfechas. Sin embargo, el bebé está muy lejos de comprender aún el significado de tal tensión pues su cuerpo simplemente reacciona de manera espontánea respondiendo a una presión puramente biológica.

La madre, no obstante, está dispuesta y deseosa de otorgar un significado a los llamados de su hijo, pues ha formulado una hipótesis respecto a su bebé, hipótesis de que aquél es un ser de lenguaje en ciernes. Inmediatamente se asume entonces, como la destinataria de tales mensajes a la vez que se cree capaz de decodificar en ellos lo que su hijo necesita, basándose en los supuestos conocimientos previos sobre los cuidados que debe proporcionarle. Jerusalinsky (2011, p.72) escribe que la madre "va inventando un verdadero "recorrido" cuyas fronteras sólo reconocen, por un lado, los límites de la

creatividad y de la imaginación maternas; pero, por el otro, sólo pueden extenderse en el espacio dibujado por la riqueza de movimientos del niño".

Frente a los primeros gritos de su hijo, la madre responde desde el lugar del Otro, proponiéndole al niño un objeto que ella supone que es el objeto necesitado por su hijo. Y es justamente por la intermediación de la madre, que aparece como una posibilidad el pasaje del niño del registro de la necesidad al registro de la demanda:

> Que el primer sonido emitido por el *infans* sea el grito más inarticulado no impide que sea escuchado por la madre como "demanda de…", es decir como palabra, y que su respuesta venga a constituir el "quien" que representa al locutor de la demanda primaria, como el "qué" del objeto. (Aulagnier, 1994, p.177)

Es así como la madre se apresura a prestarle a su hijo el seno materno. El pecho se constituye por lo tanto en el primer objeto del niño aunque el *infans* tan sólo pueda considerarlo así en un momento posterior al primer contacto con él. La satisfacción y el placer que la leche materna produce en el momento de la alimentación le enseñan al niño que aquel objeto, el pecho materno, es el adecuado para responder a sus demandas desde ese momento en adelante.

> Es, desde entonces, de este Otro, en este discurso ajeno, de donde surgirá, para él, la primera "nominación" de los objetos de deseo, primera serie de significantes de los que puede disponer. (Aulagnier, 1994, p.180)

Es por esto que Lacan denomina a la madre como Otro primordial en tanto aparece como un objeto que alterna entre presencia y ausencia, promoviendo así las primeras simbolizaciones del niño. El Otro posee por lo tanto el poder de decidir si otorgar o no el objeto al demandante y el niño le confiere así su estatuto de omnipotencia al cual se encuentra irremediablemente sometido durante los primeros años de su vida. Pero Piera Aulagnier agrega que:

> Esta demanda de pecho no es en absoluto, para la madre, sinónimo de una demanda alimentaria; por el contrario, es lo que la designa como dispensadora de vida, de amor, lo que simboliza la función materna; se convierte en el emblema más preciado. (1994, p.181)

Que el niño se aferre al cuerpo de su madre, a su pecho, indica entonces que recibe la leche materna como un don de amor. En efecto, todas las demandas que el niño produzca, más allá de la pura satisfacción de la necesidad que lo aqueje, buscarán que algo del deseo de su madre se traduzca en sus cuidados. La madre por su lado procurará por todos los medios que su hijo se mantenga demandándole aquello que ella puede brindarle desde su propio deseo de madre alimentadora.

En otras palabras, la madre vuelve una y otra vez sobre su hijo para buscar en él aquellos gestos que le indiquen que ella debe actuar. Al mismo tiempo, el niño ve en la atención de su madre, en la oferta que ella le presenta, la obligatoriedad con la que debe continuar demandado pues sólo así comprende que puede ser objeto del deseo de su madre.

Algo de la especularidad comienza a tomar forma desde muy temprano en la relación entre el niño y su madre. Toda imagen que el niño pueda hacerse de sí mismo más adelante, tendrá que venirle en primera instancia de aquella persona que lo mira, es decir, que lo diferencia como un sujeto en tanto que es "visto" separado del medio circundante. Chemama (2002a) anota en su *Diccionario del Psicoanálisis*, en lo pertinente al Estadio del Espejo, que "el niño no se ve nunca con sus propios ojos, sino siempre con los ojos de la persona que lo ama o lo detesta". Recalca además el campo del narcisismo como "fundante de la imagen del cuerpo del niño a partir de lo que es amor de la madre y orden de la mirada que recae sobre él."(p.137)

Y es que la imagen del cuerpo del niño sólo es posible a través de la función materna que dibuja con cada mirada, en cada contacto con el *infans*, los contornos de su cuerpo como un perímetro cerrado. La instancia imaginaria ya presente en el psiquismo de la madre, junto con su propio deseo es aquello que posibilita la concepción de la imagen del niño como la de un sujeto acabado y perfecto.

> El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio infans, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. (Lacan, 2005, p.87)

Entendemos por matriz simbólica aquello que tiene que ver con el deseo de la madre. Deseo, que por la castración, ha sido instaurado con anticipación en su propia estructura. En efecto, el niño se precipita a identificarse con la imagen de completud que le devuelve el espejo bajo la promesa de convertirse así en el falo imaginario de su madre, es decir, en el objeto que imaginariamente colma el deseo de su madre. La imagen de completud que el *infans* recibe por lo tanto, no sólo le viene del reflejo de un espejo real. Esta imagen fálica en la que el niño se aliena, y en la que por supuesto algo del deseo se traduce, viene principalmente de los significantes que el Otro le manifiesta al niño a través de sus gestos, de sus palabras, de su propia imagen.

2.1.3 El otro semejante y la agresividad.

Como habíamos dicho anteriormente, el niño pequeño enfrentado a la imagen especular, experimenta la tensión entre aquella imagen totalizante que observa delante suyo en oposición con las sensaciones de fragmentación, de división de su cuerpo real. En efecto, la fascinación que produce la imagen y que promueve la captura narcisística de ésta, también implica la rivalidad entre el niño y la imagen, en tanto ésta contrasta con la realidad de su cuerpo. Se trata de una carrera por apropiarse de la imagen que se muestra como perfectamente acabada, imagen que por lo demás es sentida como un objeto "otro", con el objetivo de desechar la amenaza de fragmentación a la que el niño se encuentra expuesto desde el mismo momento en el que puede observarse en el espejo.

> La agresividad, en la experiencia, nos es dada como intención de agresión y como imagen de dislocación corporal, y es bajo tales modos como se muestra eficiente. (Lacan, 2002, p.96)

Se sabe que el narcisismo primario implica en todo momento la existencia de un único lugar: el lugar del falo imaginario (D'Angelo, Carbajal, Marchilli, 2006, p.94). En un inicio se espera que el *infans* logre ubicarse en este lugar de falo imaginario para su madre, de manera que se lleve a cabo la identificación primordial que en el futuro promoverá las identificaciones secundarias del Yo. Ser objeto del deseo de su madre, se vuelve así su propio deseo. No obstante, las condiciones que rodean al sujeto están permanentemente removiéndolo de aquel lugar privilegiado. Constantemente el pequeño sentirá que son otros (pueden ser sus hermanos, por ejemplo) quienes efectivamente ocupan el lugar de la imagen fálica que tanto fascina al sujeto.

> El despertar de su deseo por el objeto del deseo del otro: aquí el concurso primordial se precipita en competencia agresiva, y de ella nace la tríada del prójimo, del yo y del objeto (…). (Lacan, 2002, p.106)

La agresividad proviene entonces de la necesidad de negar al otro, de negar la imagen que cautiva al sujeto como un otro que no es él mismo. De no ser así el sujeto corre el riesgo de sentir nuevamente la amenaza de su propia fragmentación. Toda identificación a una imagen implica entonces fascinación y agresividad en tanto el sujeto siente la premura de apropiarse de la imagen a la vez que tiene que rivalizar con ella pues la imagen no es percibida en sí mismo sino que es percibida fuera del sujeto, es decir en el semejante. Más adelante, incluso en la edad adulta, el yo podrá nuevamente identificarse con la imagen de un "otro", al reconocerla como completa en el sentido en que parece coincidir con la realidad del cuerpo del semejante. Tanto la imagen del semejante como sus objetos de deseo seducirán al yo y serán codiciados por él, siempre y cuando el sujeto desee esa imagen de completud para sí mismo.

La instancia que finalmente regula la dinámica entre el yo y sus semejantes y que propone los ideales según los cuales un sujeto se identifica o no a una imagen, es

precisamente la instancia simbólica, es decir, el orden de la cultura. Tenemos así dos tipos de identificación: la primera, proyección imaginaria que da como resultado el yo ideal; y la segunda, introyección simbólica, que es aquella identificación a los significantes propuestos por el Otro, es decir al Ideal del Yo.

> Es en todas las fases genéticas del individuo, en todos los grados de cumplimiento humano en la persona donde volvemos a encontrar ese momento narcisista en el sujeto, en un antes en el que debe asumir una frustración libidinal y un después en el que se trasciende en una sublimación normativa. (Lacan, 2002, p.111)

2.1.4 El esquema óptico

Para entender de una mejor manera aquello que constituye la función del Estadio del Espejo en la estructuración del *infans*, es útil remitirnos al esquema óptico. En este modelo se explican sobretodo las relaciones intrasubjetivas que permiten la constitución del registro imaginario en el niño, siempre bajo el orden regulador del registro simbólico.

El esquema óptico es un experimento de física mediante el cual se logra hacer aparecer la imagen real de un objeto que no existe, es decir, a manera de una ilusión. Para tal propósito se debe tomar en cuenta las leyes propias de la óptica geométrica que determinan las condiciones bajo las cuales esta ilusión puede tener lugar. Cabe recalcar además que las imágenes reales tienen la característica particular de comportarse al igual que los objetos en la realidad. En otros términos, una imagen real puede reflejarse sobre una superficie plana reflectiva como lo haría cualquier objeto real.

El modelo se compone en primera instancia por un espejo cóncavo, por cuyas características refractivas la imagen de una figura puede aparecer en otro lugar y de forma invertida. El ramo de flores representa el conjunto sin contención de los objetos de la pulsión del *infans*. Dentro de la caja, por debajo de las flores, se encuentra un florero boca abajo frente al espejo que representaría en lo real el cuerpo del niño. Este florero se mantiene oculto, en tanto el pequeño no tiene ningún tipo de acceso a la realidad de su cuerpo.

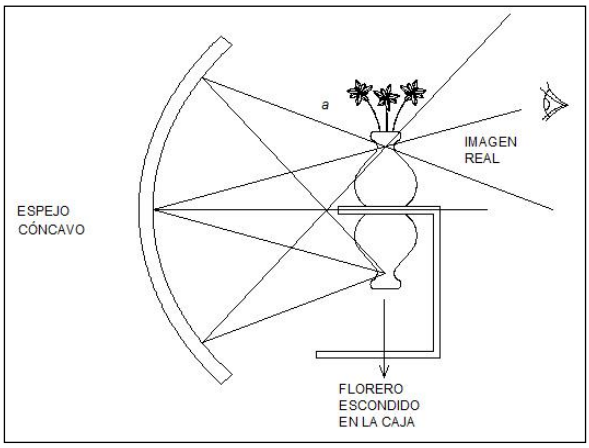


Figura 1 (Chemama, 2002a, p.139)

Si el observador se ubica en la posición adecuada podrá mirar la imagen real del florero invertido como sosteniendo el ramo de flores. Si la persona que observa trata de tocar el florero, éste desaparece pues la mano estaría obstruyendo los rayos de luz que lo producen. Esta imagen real del florero hacia arriba conteniendo las flores, que representa el cuerpo del niño como unificado y completo, hasta el momento sólo es vista por los padres del niño quienes han ubicado su mirada, es decir su deseo, en el lugar apropiado para que la ilusión se produzca.

El niño, por su lado, no tiene acceso a la imagen acabada de sí mismo *i*(*a*), si no es a través de los significantes que lo padres le propician; razón por la cual *i*(*a*) no aparece en el siguiente esquema dentro del campo de lo real. Esto se debe a que la imagen real *i*(*a*), producida de manera ilusoria tan sólo existe en el deseo de los padres de ver el cuerpo unificado y completo de su hijo. En efecto, la imagen real *i*(*a*) también puede leerse como "imagen del objeto" para el Otro, en tanto el *infans* constituye el objeto *a* para sus padres.

El registro simbólico, necesario por lo tanto para la constitución del registro imaginario en el *infans*, es instaurado por el Otro primordial y se representa en el esquema mediante la colocación del espejo plano. Este espejo refleja la imagen real del florero conteniendo las flores pero en el campo virtual, es decir, en el registro imaginario.

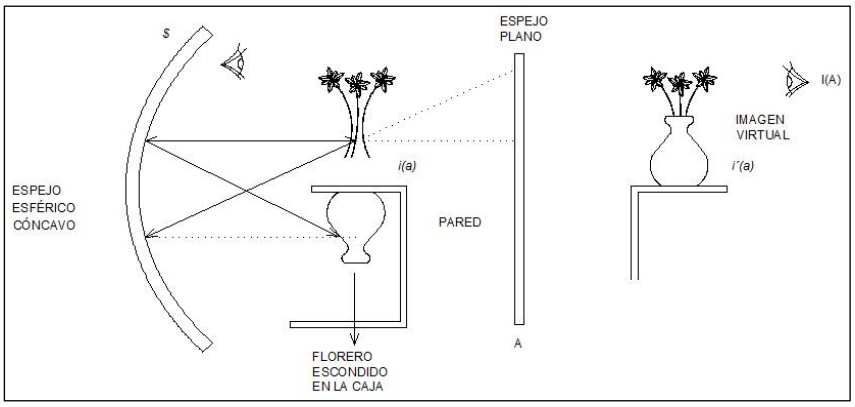


Figura 2. (Referencia a Lacan en Baudes de Moresco, 1995, p.26)

La imagen virtual *i´*(*a*), anticipatoria de la madurez fisiológica de su cuerpo, es la que descubre el niño al mirarse en el espejo. En realidad el niño se ve a sí mismo en el rostro de su madre, en el espejo que es su mirada. La madre que sostiene a su pequeño frente al espejo autentifica con un gesto, con una palabra el descubrimiento que su hijo acaba de hacer. Con un "ese eres tú, mi hijo", la madre promueve la identificación del niño con su imagen a la vez que lo instala en el campo simbólico. La identidad del pequeño tiene que ver entonces con la asimilación de su imagen ligada a la serie de significantes propuestos por el Otro, significantes que establecen su situación en el mundo dentro de una cadena generacional y a la vez su relación con los objetos que lo rodean.

El Ideal del Yo se encuentra ubicado entonces dentro del campo del Otro, es decir, dentro del campo de los padres, pues es desde aquí desde donde se organizará el deseo identificatorio del *infans.* En otros términos, una vez que se produce la captura narcisística del yo ideal a partir de la alienación primordial en la imagen especular *i´*(*a*), el *infans* podrá desde ese momento en adelante identificarse con toda imagen que pueda en apariencia colmar el deseo parental.

A partir del desarrollo del concepto de objeto causa del deseo (objeto a), Lacan recapitula sobre el esquema óptico en el *Seminario X: la Angustia*. Reproduce el esquema pero esta vez estableciendo que el objeto a no puede ser especularizado, hay un resto. En este esquema la imagen real que se encuentra en la parte superior tiene discordancias con lo que sucede en la parte inferior (a diferencia del esquema óptico anterior), y Lacan escribe esta disimetría como (-φ).

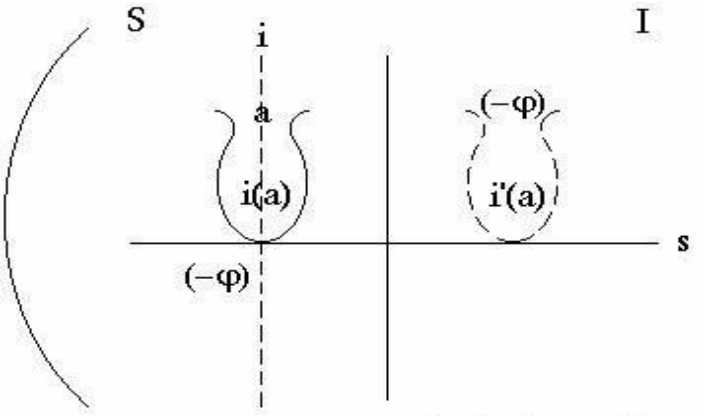


Figura 3 (Internet 1)

Este resto es el que el falo caracteriza y que sólo se registra en tanto negativizado en el espacio virtual. "Es entonces, en tanto que el Otro da su falta (-φ), mediante esta operación el *infans* es falicizado, es decir, aureolado de los objetos pequeños a" (Chemama y Vandermersch 2004a, p. 58) posibilitando le dinámica misma del narcisismo primario. Es la ilusión anticipadora que daría cuenta del establecimiento necesario, a posteriori, de la constitución de imagen especular del niño y la dinámica del narcisismo secundario.

2.2 De la madre simbólica a la madre real

Es en este momento cuando el *infans* se cuestiona acerca del deseo del Otro y de aquello que él supone como su significado. Esta incertidumbre en el *infans* hace de la relación especular con su madre, una relación altamente angustiante para él. Cuando esta relación no se dialectiza a través de la presencia de un tercero, el niño queda fijado como dependiente de la madre, de su potencia. Entonces la imagen yoica del *infans* sólo se sostiene sobre el hecho de si el niño satisface o no la completud de la madre, de si logra ocupar el lugar de la falta en ella, es decir, de ser su falo imaginario.

Dentro del *Entwurf*, Freud (1895) aporta ciertos elementos que permiten visualizar el contexto de la dinámica entre el *infans* y su madre.

> El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así una función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento* [*Verständigung*; o comunicación]. (Freud, 1895, p.362)

Más adelante, dentro del mismo texto, Freud postula:

> Dicha vía (refiriéndose al grito o llanto del niño) cobra una función secundaria, pues llama la atención del individuo auxiliador (por lo común, el objeto de deseo mismo) sobre el estado anhelante y menesteroso del niño, y a partir de entonces sirve para el *entendimiento* [comunicación], siendo así incluida dentro de la acción específica.[6] (Freud, 1895, p.414)

Así Freud determina cómo una presencia externa se va estableciendo en el psiquismo del *infans* como una alteridad: en relación al objeto real de satisfacción se va estableciendo la posibilidad de que el agente de la acción específica dé o no dé, es decir, se va construyendo la noción de un agente simbólico. Es evidente, entonces, la relación de este momento entre madre-hijo con lo postulado bajo el nombre de *frustración*¸ una de las variedades de la falta de objeto. Así, el llanto en relación a la tensión producida por el estado de necesidad del *infans* y su diferencia con la ya registrada experiencia de satisfacción, incluye en sí el llamado al Otro. En este momento ya no se trata más del objeto de satisfacción de la necesidad, sino de la presencia misma del agente auxiliador real-imaginario. La madre puede dar o rehusar. Sin embargo, cuando el niño se percata de este papel de la madre, la falta es vivida como una lesión imaginaria, al nivel justo donde tambalea el *infans*, es decir, al nivel de su propia imagen.

Lo que aparece bajo la frustración es, por lo tanto, la importancia de la dialéctica presencia-ausencia de la madre. El agente de la frustración, la madre, adquiere un lugar en el que posee un valor simbólico, siendo el pecho el objeto real. Luego se produce una

[6] Nota: El primer paréntesis y lo incluido en él no es texto de Freud sino de los autores para aclarar el contexto.

inversión. El objeto devendrá simbólico, devendrá un don de amor, y la madre aparecerá como objeto real. Es decir que el niño percibe a su madre como diferente de sí mismo. Se trata de una frustración de goce en primera instancia que da paso a una frustración de amor. Esta inversión cobra sentido en el momento en que los objetos reales, como adquieren un valor simbólico, se convierten en *dones* de amor. La madre ha devenido un objeto real, encarnando con su cuerpo el lugar del Otro.

> El objeto tiene desde ese momento dos órdenes de propiedades de satisfacción, es por dos veces objeto posible de satisfacción – como antes, satisface una necesidad, pero también simboliza una potencia favorable. (Lacan en Miller, 1994, p.71)

En efecto, es un paso esencial el cambio del registro de la necesidad al registro del deseo. Podemos decir entonces, que en un primer momento, la necesidad apunta al objeto real y se satisface con él. Aquí podemos ver su articulación con los desfiladeros del lenguaje en donde se va inmiscuyendo el deseo en su transformación de grito por tensión pulsional, en demanda al Otro. Esta transformación del objeto real (la leche/el pecho) en don de amor, que depende de la voluntad del Otro, es tan radical que poco a poco el *infans* demandará objetos que no tengan ningún valor para su cuerpo en tanto orgánico, sino que tendrán valor de don y de reconocimiento, al hacer referencia a la presencia del Otro. La satisfacción de las necesidades se subordina, entonces, a la obtención de una respuesta que dé testimonio de ese amor por parte del Otro.

> Es únicamente en función de su presencia-ausencia que puede aparecer la carencia, la querencia…es necesario que el niño salga de este estado llamado en Freud narcisismo primario, estado de indiferenciación con la madre y donde a través de la dialéctica de la presencia-ausencia, a través de la falta, reconozca el niño a la madre como un objeto externo a la cual pueda buscar para sus satisfacciones y placer. (Orvaños, 2005, p.177)

La frustración y la constatación de la diferencia entre la madre y el objeto que ella puede ofrecer o no, eleva a la madre al símbolo de una potencia capaz de dar o no dar, según su

propio arbitrio. Surge la figura del Otro, que tiene la potestad de responder o no al *infans* de acuerdo a su propio antojo o capricho. Este Otro primordial es, entonces, el primer objeto que puede procurar satisfacción y ser un poder auxiliar para el *infans*, a la par que puede ser un objeto hostil que rehúsa la satisfacción.

Ahora, con las idas y vueltas de la madre, el niño va asumiendo una posición particular en la cual trata de identificarse con lo que él supone es el objeto de deseo de la madre. En efecto, al fin de este proceso dialéctico, el niño se reconocerá como el falo de su madre. Esta posición en la que el niño se sitúa ha sido favorecida por esa inmediatez entre él y su madre durante los cuidados post-natales y la satisfacción de las primeras necesidades. El niño es introducido de este modo, en la dialéctica del falo en la cual queda sujetado completamente al deseo de la madre. Sin embargo, esta vía es la vía imaginaria, el niño se encuentra asfixiado ya que constantemente tiene que estar poniendo algo suyo, de su parte, para soportar esta relación narcisista. La posición de falo imaginario, es decir, la interpelación fálica por parte de la madre, es imposible de sostener ya que ningún objeto puede llenar la falta producida por la castración simbólica de la madre. Sin embargo, puede suceder que el *infans* se quede estancado en el intento por reacomodarse en la posición de falo imaginario de su madre, sin que algún tipo de interrupción opere. Este sostenerse en el lugar de falo imaginario más allá de cualquier transitoriedad, tendrá serias implicaciones en la estructuración del *infans*, más precisamente, dentro del terreno de las psicosis infantiles.

2.3 Incidencia de la metáfora paterna en la estructuración edípica del *infans*

Lacan propone acercarse a la cuestión del Edipo dividiéndolo en tres tiempos. En estos tres tiempos se van articulando ciertos elementos: falo, niño, madre y padre. Son los modos de relación de los elementos en juego los que determinan la posición del sujeto. Cabe mencionar que no son tiempos cronológicos sino tiempos lógicos.

En el primer tiempo del Edipo intervienen la madre, el niño, el falo imaginario y sus relaciones. Habría que pensar al padre actuando también, pero de una forma velada.

En este tiempo el niño queda fijado como dependiente de la madre ya que sólo se sostiene sobre la posibilidad de satisfacer o no la completud de la madre.

> Para el niño pequeño, antes de que descubra la diferencia sexual, entra en juego el falo como tercer elemento, significante del deseo de la madre cuyo significado todavía es enigmático para el niño, que se interpone en la díada imaginaria madre-niño convirtiéndola en tríada. (Egge, 2006, p.90)

Cuando el *infans* se va desprendiendo de la identificación especular de su madre, al simbolizar sus ausencias y sus presencias, el deseo de la madre se convierte en una incógnita para el *infans*. Resulta claro para el *infans* que las ausencias y presencias de su madre tiene que ver con algo más que consigo mismo. El niño no basta para satisfacer completamente a la madre. En efecto, el deseo de la madre tiene para él un significado desconocido, y él tratará de responder a ese deseo de la madre en el plano imaginario "poniéndose en juego con el propio cuerpo en su totalidad" (Egge, 2006, p.90).

"Lo que busca el niño, en cuanto deseo de deseo, es poder satisfacer el deseo de la madre, es decir: *to be or not to be* el objeto de deseo de la madre." (Lacan en Miller, 2004, p.197). Es así como el pequeño se transforma en falo imaginario, pues "para gustarle a la madre […] basta y es suficiente con ser el falo." (Lacan en Miller, 2004, p.198)

De esta manera Lacan en 1958 establece un tercer elemento con respecto a las presencias/ausencias de la madre y la relación al *infans*. El *infans,* al interrogarse por aquello que interesaría a la madre, va haciendo suya esa estructura de tríada.

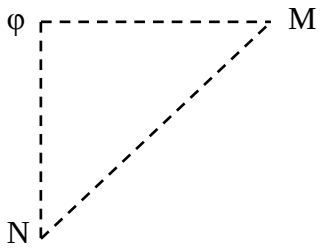


Figura 4 (Lacan en Miller, 2004, p.189)

En un segundo tiempo, Lacan (1958) propone la intervención del padre dentro de la configuración madre-hijo-falo. Esta mediación paterna va a establecer ciertas funciones en lo referente a la falta de objeto en sus diferentes registros. De esta manera el padre interviene privando:

> La experiencia analítica nos demuestra que el padre, en tanto que priva a la madre el objeto de su deseo, especialmente el objeto fálico, desempeña un papel del todo esencial […] aunque sea el más sencillo y normal, del complejo de Edipo. (Lacan en Miller, 2004, p.190)

Aquí el padre interviene al establecer un corte, separando tanto a la madre de su objeto fálico, como al hijo de su madre, a partir de la introducción de la Ley de Prohibición del Incesto. Esto es fundamental ya que es un paso necesario para que el niño ingrese al mundo de la cultura, al orden de la palabra y los intercambios. El padre le deroga cualquier derecho a la madre sobre la pertenencia del niño. De igual manera esta Ley de Prohibición del Incesto indica el camino a la exogamia, confiriendo a la falta la dimensión de pacto. Y es a través del establecimiento de una prohibición, que el padre da lugar al complejo de castración.

> …el padre, llega aquí en una posición de importuno. No sólo porque sea molesto debido a su volumen sino porque prohíbe. ¿Qué prohíbe precisamente? […] Diremos pues, que se trata de la prohibición del padre con respecto a la pulsión real. (Lacan en Miller, 2004, p.176)

> Por otra parte, ¿qué prohíbe el padre? Éste es el punto de donde hemos partido – prohíbe la madre. En cuanto objeto, es suya, no es del niño […]. El padre frustra claramente al niño de la madre. (Lacan en Miller, 2004, p.177)

Así, para el hijo, el padre aparece entonces como quien tiene derecho a la madre. El padre surge como metáfora paterna y por ende el niño debe renunciar ser objeto de completud de

su madre. Esto tiene como efecto que las investiduras objetales (que eran hacia su madre) sean abandonadas y sustituidas por identificaciones. También trae como consecuencia que el niño asocie las ausencias-presencias de la madre con algo más que no es él, es decir, que simbolice que la madre también es deseante, que está en falta.

> […] la tríada imaginaria madre-hijo-falo, como preludio a la puesta en juego de la relación simbólica, que sólo se dará con la cuarta función, la del padre, introducida por la dimensión del Edipo. (Lacan en Miller, 1994, p.83)
>
> El triángulo es en sí mismo preedípico […] el cuarteto constituido por la intervención de la función paterna a partir de lo que podemos llamar la decepción fundamental del niño. Ésta se produce cuando reconoce […] no sólo que no es el objeto único de la madre, sino que a la madre le interesa […] el falo. A partir de este reconocimiento, ha de reconocer en segundo lugar que la madre, precisamente, está privada, que a ella misma le falta este objeto. (Lacan en Miller, 1994, p.84)

A partir de entonces, el niño asocia al padre como el objeto de deseo de la madre. Ha ocurrido aquí un desplazamiento del lugar del objeto fálico hacia el padre. Se ha producido entonces una articulación diferente. En un primer momento la relación dual madre-hijo dio paso a la tríada imaginaria madre-hijo-falo; ahora se articula un cuarto término simbólico, el padre. De esta manera, con la articulación de este último elemento, se plantea una cierta reglamentación que pone un dique a la omnipotencia materna:

> Este tiempo fuerte del complejo de Edipo transmite al niño el significado del deseo de la madre con respecto a lo que él supuso hasta ahora que era su objeto. El hecho de que el deseo de la madre esté sometido a la ley del deseo del otro implica que a su vez su deseo (el del niño) depende de un objeto que supuestamente el otro (el padre) tiene o no tiene. (Dör, 2000, p.101)

El niño ha encontrado así la Ley del padre. Más allá de la presencia de un personaje paterno, normalmente el niño puede encontrar esta referencia a la Ley implícitamente en la

palabra de la madre. Es en el discurso de la madre donde se muestra que su deseo (el de la madre) encuentra una Ley que impide una satisfacción total de las demandas del niño y que no permite que su amor materno sobrepase la línea entre la ternura y la sensualidad. El padre interviene aquí haciéndose presente en la palabra de la madre, como palabra del padre, es decir que tiene un estatuto de tercero y mediador de la Ley a la cual está sometida la madre. Ley que también implica la prohibición del incesto, Ley del Padre simbólico en el discurso materno.

Es en este momento donde se va articulando para el *infans* cierto ordenamiento en cuanto al objeto de deseo y a la Ley. Se establece el lugar del padre en cuanto a que el discurso de la madre es el mediador de otro discurso, el del padre, quien a su vez es el mediador entre la madre y la sociedad.

> Mientras que para la madre el mensaje de prohibición que viene del padre es un mensaje directo, para el niño es un mensaje mediado por la madre, es un mensaje sobre un mensaje, y por lo mismo, es ya, *discurso*. (Masotta, 1970, p.125)

Al decir un mensaje sobre otro, se está apelando a la metáfora mismo, al hecho de la sustitución de un significante por otro. Es decir que se implanta a través del discurso de la madre una referencia al orden de la Ley. Y la Ley se articula con el sistema del lenguaje. No hay Ley sino por el mundo del hablar y de su estructura.

Es el padre que hace prueba de una potencia, del padre que tiene aquello que la madre desea y que es la razón de las constantes ausencias de la madre. Es aquí donde se van a jugar una serie de identificaciones del niño con la Ley del padre, introyectándolo y constituyendo el núcleo del superyó. Lacan, en 1958, dice que el padre "interviene en el tercer tiempo como el que tiene el falo y no como el que lo es, y por eso puede producirse el giro que reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre y no ya solamente como objeto del que el padre puede privar" (Lacan en Miller, 2004, p.199). De esta manera ya no se trata del falo real, ni el imaginario, sino del falo simbólico.

2.4 La sustitución del deseo materno por el Nombre-del-Padre

Jacques Lacan propone una escritura para dar cuenta de la función paterna en el complejo de Edipo. El proceso es una metáfora ya que cumple una función igual al tropo utilizado en la retórica. Una metáfora en retórica es la sustitución de un elemento por otro, con lo cual surge un sentido nuevo. Lacan propone que la fórmula de la metáfora sería:

$$\frac{S}{\$'} \cdot \frac{S}{x} \longrightarrow S\left(\frac{1}{s}\right)$$

Figura5 (Lacan, 2005, p.538)

> Las S mayúsculas representan significantes, x una significación desconocida, y s el significado inducido. El proceso consiste en una sustitución, dentro de la cadena significante, de S´ (cuya tachadura indica la elisión) por S, de tal forma que resulta un significado nuevo. (Maleval, 2002, p.83)

Así se puede notar que la metáfora consiste en el remplazo de un término por otro en la cadena significante que se efectúa en la dimensión sincrónica. Es una sustitución, que por una determinada relación entre los elementos, produce un plus de sentido.

Ahora bien, Lacan articula el proceso metafórico con ciertos elementos que ha trabajado durante el seminario IV *La relación de objeto.* Estos elementos son el falo, el deseo de la madre y el significado del sujeto. Es en el año 1957 cuando postula otro elemento que formalizará como la metáfora paterna, ese elemento es el Nombre-del-Padre.

La metáfora es un proceso de sustitución del deseo de la madre por el Nombre-del-Padre que liga al sujeto a las leyes y a la estructura del lenguaje. Esto se debe a que dentro de este proceso el padre y la madre ocupan posiciones disimétricas para el sujeto. Estas posiciones están relacionadas con el cuarto término: el Falo.

$$\frac{\text{Nombre-del-Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \cdot \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} = \text{Nombre-del-Padre}\left(\frac{\text{A}}{\text{Falo}}\right)$$

Figura 6 (Lacan, 2005, p.539)

De esta forma:

> El producto de esta operación es triple: el Nombre-del-Padre se inscribe de forma que la madre queda interdicta, ocupa el lugar del Otro y cae en el olvido, mientras que el falo le es dado como significado al sujeto. (Maleval, 2002, p.83)

El Nombre-del-Padre es entonces en última instancia correlacionado a las ausencias de la madre. Establece una función de corte impidiendo la completud imaginaria de la madre con el *infans*. Al mismo tiempo, establece que el sujeto sólo puede desear algo otro que lo prohibido, es decir, no a su madre. De la posición de súbdito frente a la omnipotencia materna se ha producido un volcamiento a la posición de sujeto deseante. El sujeto como deseante y no como objeto del deseo del Otro es el plus de sentido operado por la metáfora paterna. Además de aquello, la metáfora paterna establece que el sujeto se podrá hacer reconocer en el lazo social, en el discurso.

Cabe destacar entonces la importancia de la inscripción del Nombre-del-Padre en el psiquismo del *infans*. El Nombre-del-Padre representa una entidad esencialmente simbólica, ordenadora de la función fálica. La relevancia de esta existencia simbólica le confiere entonces su carácter fundamentalmente operativo y estructurante para todos los humanos. Sin embargo, esta función sólo se puede inscribir si hay alguien que la sostenga. En efecto, esta función necesaria es generalmente operada a través del padre en lo real, quien es aquel que en un momento dado representa al padre simbólico ante la dupla madre-hijo y vectoriza esta función de agente castrador.

Ahora el sujeto ha resignado a su objeto primordial, la madre, y tiene la oportunidad de movilizar su deseo hacia otros objetos y de crear él mismo nuevas significaciones. Es decir que ha dejado de ser el objeto de deseo del otro para asumir el

propio. Este momento de estructuración psíquica es de gran relevancia ya que produce un sujeto deseante autónomo.

> Debido a la intervención de la metáfora paterna, el Otro materno se separa de su producto, *infans*, objeto de su goce, mientras que simultáneamente este último es presa de la falta en ser. La ley de la castración impone a ambos la marca de la incompletud. (Maleval, 2002, p.98)

CAPÍTULO III

3. LA PSICOSIS INFANTIL

Después de haber abordado ciertos elementos estructurantes del psiquismo del *infans*, se trabajará la cuestión de la posición del Nombre-del-Padre en el discurso materno, sus efectos y relaciones con estos elementos. La posición de este significante primordial en dicho discurso determinará el modo de actuar de la madre, de manipular (handling[7]), de sostener (holding[8]) al *infans*, pero sobre todo el modo de dar una lectura al establecimiento de la demanda y el deseo del hijo.

En la psicosis infantil, la relación del agente materno con el niño estará moldeada de un modo siempre singular debido a la ausencia de la función del Nombre-del-Padre. En efecto, como resultado de esta particularidad del discurso materno, se producirá una falla en la inscripción del significante primordial en el *infans*, que tendrá grandes repercusiones al no establecer la significación fálica en su estructuración. La falta de inscripción fundamental de este significante sólo puede producirse desde el discurso del agente materno. Lo hace por contingencias de su historia personal y generacional que inciden en la estructuración del *infans*. Todo esto tiene como consecuencia que cuando no se posibilita la metaforización del Nombre-del-Padre en el Deseo de la Madre, el hijo queda fijado a la madre, estructurándose en el campo de la psicosis.

La forclusión del Nombre-del-Padre tendrá efectos en la relación especular entre la madre y el *infans*. De hecho, la forclusión tiene como efecto que la relación madre-hijo se reduzca a que "la madre desee que el *infans* demande" y "el *infans* demande que la madre desee" (Aulagnier, 1994, p.180). El problema de esta relación es justamente lo asfixiante que puede llegar a ser, en tanto que lo dado por la madre es solamente su presencia, dejando en silencio la posibilidad misma del *infans* de desear algo otro además del placer que puede suscitarle el agente materno con la satisfacción de su demanda.

[7] *Handling* es un término propuesto por Donald Winnicott para describir la función de una madre durante el desarrollo psicosomático del bebé, que comprende la manipulación física adecuada del cuerpo del niño a través de los primeros cuidados que ésta puede propiciarle.

[8] *Holding* es, de igual manera, un término de Winnicott que describe la capacidad del agente materno para identificarse con su bebé, sosteniéndolo psicológicamente. El agente materno debe refrenar la angustia del bebé, proporcionándole un sentimiento de seguridad.

3.1 El discurso materno y la forclusión del Nombre-del-Padre en relación a la psicosis infantil

3.1.1 La forclusión del Nombre-del-Padre

En la década de 1950, Lacan desarrolla el concepto de forclusión para dar cuenta de un tipo específico de negación, propio de la estructuración psicótica de los sujetos. Sin embargo, para llegar a esta conceptualización, Lacan partió de la obra freudiana. En un primer momento, Lacan utilizó el término "cercenamiento" o "rechazo" para traducir la *Verwerfung* propuesta por Freud. Más tarde, sugirió el término "forclusión", proveniente del vocabulario jurídico que indica la "caducidad de un derecho no ejercido en los plazos proscritos". (Maleval, 2002, p.61)

El término forclusión es puesto en relación al término *Verwerfung*, que connota un mecanismo de defensa diferente de la represión en Freud. En la obra freudiana se puede constatar que el autor relacionaba un mecanismo de defensa propio para las psiconeurosis de defensa. En efecto, la defensa en Freud, se producía contra lo que él denominaba "representaciones incompatibles con el yo". Así, el término *Verwerfung* aparece en la obra freudiana mediante un verbo conjugado del alemán. Freud (1894) postula que:

> Ahora bien, existe una modalidad defensiva mucho más enérgica y exitosa, que consiste en que el yo desestima [*verwerfen*] la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido. Sólo que en el momento en que se ha conseguido esto, la persona se encuentra en una psicosis que no admite otra clasificación que ‹‹confusión alucinatoria››. (p.59)

Dentro del mismo texto, Freud también señala que:

> El yo se arranca de la representación insoportable, pero ésta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva, y en tanto el yo lleva a cabo

> esa operación, se desase también, total o parcialmente, de la realidad objetiva. (p.60)

Posteriormente, Freud (1911) comenta algo más sobre la representación intolerable. En sus *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito* postula algo muy interesante: "No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo cancelado adentro retorna desde afuera" (p.66). Esta anotación es lo que le servirá a Lacan para designar que lo forcluído en lo simbólico, retorna desde lo real.

Sin embargo, en varios escritos de Freud, éste homologa represión y *Verwerfung*. De ahí que Lacan dedique varios años a establecer sus diferencias y a darle un lugar al concepto de *Verwerfung.* No obstante, Lacan se distingue de las conceptualizaciones freudianas al destacar que en la psicosis la forclusión opera sobre un significante particular, no sobre cualquier significante, sino sobre el significante del Nombre-del-Padre.

La forclusión del Nombre-del-Padre, para Lacan, neutraliza el advenimiento de la represión originaria. De este modo, al no establecerse uno de los términos de la metáfora paterna, ésta fracasa. Como consecuencia de ello, queda gravemente comprometido el acceso del niño a una normativización del orden simbólico, e incluso se lo impide. De ahí que la forclusión del Nombre-del-Padre produzca una organización estructural en la que el niño queda prisionero de la relación dual imaginaria con la madre.

Entonces, al decir que el Nombre-del-Padre está forcluído, se hace referencia a la imposibilidad en que se encuentra el niño de acceder al Padre simbólico. No existe la sanción de un significante, ya sea en el padre real o en un personaje de la historia materna, que dé cuenta del lugar del Padre simbólico. De este modo, se ha hecho imposible la simbolización de la Ley paterna en el niño.

Algo que cabe resaltar, con respecto a Freud y Lacan, es la importancia que dan a un mecanismo que estaría en la génesis de la psicosis, muy diferente de las cuestiones psiquiátricas. En efecto, el Psicoanálisis se separa tajantemente de las concepciones organogenéticas, aunque no niega la posibilidad de que en varios cuadros de patologías infantiles existan desórdenes a nivel real, que puedan producir los mismos síntomas que aparecen en otros cuadros puramente psicogénicos, en los que no existe ninguna afección

orgánica verdadera. Evidentemente, hay cuadros clínicos en los que las determinaciones biológicas dan como resultado ciertos rasgos similares a los de un cuadro, por ejemplo, de psicosis infantil. En efecto, es justamente la falla en la capacidad de registro de un niño, afectado por algún tipo de desorden constitucional real, aquello que muchísimas veces impide la inscripción del rasgo unario en el *infans* que pueda introducirlo en los procesos de identificación y, por ende, de alienación en el Otro.

En lo referente a este aspecto, es importante señalar también, el efecto que puede tener un diagnóstico (ya sea acertado o no) sobre un niño y su relación con el agente materno: el problema de tales diagnósticos médicos es que pueden provocar la caída del deseo materno, es decir, pueden originar la clausura del circuito pulsional consecuente de la dialéctica entre la madre y su hijo. Jerusalinsky (2011) plantea al respecto que se trata de un "exilio que lo coloca (al niño) frente a una función materna que no se ejerce porque él, pese a ser objeto, no es causa de deseo; queda entonces como real puro". (p.13)[9]

3.1.2 El lugar del Nombre-del-Padre en el discurso materno

Si el niño ya antes de nacer está inmerso en el mundo del lenguaje, su lugar como sujeto dependerá de aquellos que, sosteniéndolo, encarnan al Otro. En otros términos, el agente materno tendrá un papel crucial en las primerísimas inscripciones del *infans*. Ahora bien, en los cuadros de psicosis infantil, se observa que hay un lugar específico dentro del discurso materno para el significante del Nombre-del-Padre y para el *infans* dentro del fantasma materno.

Es un hecho que en la psicosis infantil, el significante del Nombre-del-Padre, por contingencias dadas en la historia de aquel que ocupa la función del Otro primordial, pierde su eficacia simbólica y su autoridad de Ley. De este modo, no se instaura la función del Nombre-del-Padre en el vínculo entre el niño y la madre, colocando al niño fuera de una triangulación edípica. La función paterna no se establece, y por ende, no hay separación del niño con respecto al deseo materno. En otros términos, como consecuencia de la imposibilidad del padre para ejercer su función como instaurador de la Ley simbólica,

[9] El paréntesis dentro de la cita no pertenece a Jerusalinsky, sólo aclara de lo que trata la cita en cuestión.

se produce una falla de la inscripción de la castración en la estructura del *infans*. Esta falla de inscripción se denomina forclusión del Nombre-del-Padre.

El significante del Nombre-del-Padre funciona además, como un elemento que determina la relación entre los sucesores, en la genealogía. Además de separar al niño del deseo de la madre, opera una sucesión ordenada al determinar generaciones que no se confunden. El Nombre-del-Padre determina posiciones significantes en la familia, "padre", "madre", "hijo" que no son sino significantes que articulados entre sí producen un árbol genealógico, pues hacen funcionar la prohibición del incesto dentro de una triangulación edípica. De ahí que esta prohibición, al ser movilizada por el Nombre-del-Padre, sea estructurante con respecto al sentimiento de filiación de los sujetos. Si no opera este significante, habrá una desestructuración de la relación entre los elementos de la filiación. Es por esto que Melman (2009) postula que esta Ley promulgada por el Nombre-del-Padre, cuando opera, es "una ley inconsciente, no sabida por los mismos que la habían instaurado, ley que hacía de esa prohibición un elemento mayor de la organización familiar y social." (p.326)

Por otro lado, Lacan (2005) en uno de sus textos llamado *De una cuestión preliminar acerca de todo tratamiento posible de la psicosis* apunta que:

> (…) sobre lo que queremos insistir es sobre el hecho de que no es sólo de la manera en que la madre se aviene a la persona del padre de lo que convendría ocuparse, sino del caso que hace de su palabra, digamos el término, de su autoridad, dicho de otra manera del lugar que ella reserva al Nombre-del-Padre en la promoción de la ley. (p.560)

La autoridad que la madre otorga al Nombre-del-Padre en la promoción de la Ley depende entonces de su discurso y, por ende, de su relación con otros elementos discursivos. Lacan (2005), en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*, además postula:

> Que el Padre pueda ser considerado como el representante original de esa autoridad de la Ley, es algo que exige especificar bajo qué modo privilegiado de presencia se

> sostiene más allá del sujeto que se ve arrastrado a ocupar realmente el lugar del Otro, a saber de la Madre. (p.793)

Así se concibe que, a pesar de que el padre real esté ausente de la escena familiar, el significante Nombre-del-Padre actúa a través de todos aquellos elementos que aparecen en el discurso materno y que al hacer referencia a un tercero, producen un corte entre la madre y su hijo. Dör (1989) dice:

> Puesto que el Padre simbólico tiene por todo una existencia significante, este significante Nombre-del-Padre siempre puede resultar potencialmente presentificado como instancia mediadora en ausencia del padre real. Basta que lo sea en el discurso de la madre en forma tal que el niño pueda oír que el propio deseo de la madre está referido a él. (p.53)

La función simbólica del significante Nombre-del-Padre es sostenida muchas veces por un personaje real que, presentando características imaginarias de potencia, virilidad, etc., crea cierta configuración de representación de imago paterna dentro de la trama de la historia del agente materno, moldeando una figura paterna ideal. De este modo, el padre real es el que funciona como representante del padre simbólico, es el encargado de delegar una función que, por cierto, le queda demasiado grande. Esto se produce de la misma manera en que un embajador (persona real) representa a su país (persona simbólica). Tan grande es la función del padre simbólico que en el imaginario social se la iguala con la figura de Dios, de un tótem, de un rey, etc., imagen de la cual una persona de carne y hueso nunca está a la altura, pues se trata de un ideal.

Lacan precisa, desde sus primeros trabajos, la operatividad de la imago paterna. La imago paterna se superpone al personaje real, dando como resultando fenómenos imaginarios. En consecuencia, un personaje real puede ser idealizado, puede ser fuente de rivalidad, puede ser descalificado, etc. Lo imaginario opera así, a través de la representación de un personaje real que es glorificado o ridiculizado. En efecto, muchas de las contingencias que tienen relación con la pérdida de la eficacia y autoridad del Nombre-del-Padre en el discurso materno se deben a la descalificación que pudo ocurrir del

personaje real quien encarnaba esta función para la madre en su historia personal. La persona real que imaginarizaba la función simbólica pudo haber sido objeto de burlas, sufrido dolencias físicas, accidentes que lo dejaron maltrecho, etc., y de esta forma su posición de autoridad cayó al igual que su fortaleza imaginaria. En el texto de *La familia,* Lacan (s.f.e.) manifiesta: "[…] en las formas disminuidas de esta imago podemos señalar las lesiones físicas, especialmente aquellas que la presentan como estropeada o enceguecida." (p.23)

Por otra parte, puede ocurrir que el padre real acate y dictamine las leyes dentro de un ámbito sociocultural específico (por ejemplo, un padre que trabaja como legislador), pero no por esto logra cumplir con la función del padre simbólico que se presenta como un ideal imposible. En realidad, ningún personaje real podrá cumplir jamás esta función a cabalidad pues dentro de la sociedad "le ofrecen de encontrarse en postura de demérito, de insuficiencia, incluso de fraude, y para decirlo de una vez de excluir el Nombre-del-Padre de su posición de significante." (Lacan, 2005, p.560-561)

Además, ocurre a veces que la madre no acepta a la instancia paterna como importante para el desarrollo de su hijo, ya que la participación del padre biológico en la concepción fue concebida como fuente de angustia, equivalente a un real, algo no elaborado e intrusivo como traumático en la psique materna. Un ejemplo de este caso puede ser un embarazo como resultado de una violación. Así, el *infans* queda vinculado en una serie asociativa o cadena significante en la cual el Nombre-del-Padre, como elemento de filiación, es recusado[10]. A este respecto, Dör (1989) apunta lo siguiente:

> Apresado en la renegación materna de la función paterna, nunca puede ser reconocido y designado como hija o hijo de un padre. Quizá no exista definición más evocadora de lo que Lacan entiende por forclusión del Nombre-del-Padre. (p.102)

[10] Recusación: la recusación es un término planteado por Czermak para dar cuenta de un modo de deficiencia de la operación de la función del Nombre-del-Padre al momento de articularlo con la función del nombre propio. El nombre propio, en este caso, es determinante puesto que al soportar la genealogía, tiene una relación estrecha con la prohibición del incesto.
Cfr: Czermak, Marcel. "Amnesias de identidad o de la recusación del Nombre-del-Padre" en *Patronymies*. Editorial Masson: Paris, 1998. Pg. 51-59

Es posible concluir entonces, que algunas veces, y tal vez más a menudo, la madre no reconoce o no acepta el nombramiento de un padre para su hijo. En su discurso no existe la pronunciación de la frase "este es tu padre", que dé cuenta de su deseo por la intervención del mismo. En consecuencia, si la madre no designa la función del padre, ésta no entra en la estructura, quedando la Ley de Prohibición del incesto sin ser sancionada o inscrita. En otras palabras, el padre real debe ser simbolizado en su función de manera que pueda ingresar en la estructura del niño.

3.2 El *infans* como extensión del narcicismo materno

Para trabajar el tema del *infans* como extensión del narcisismo materno, es preciso recordar que lo particular de la maternidad es que en ella el objeto del deseo de una mujer (el hijo) toma una consistencia real, es decir, comienza a formar parte del cuerpo de su madre. Hay que recalcar una diferencia: la madre cuando era niña creyó ser privada de un objeto que nunca estuvo ahí, el falo imaginario, ahora el hijo como sustituto, efectivamente sí está ahí. Así Chemama y Vandermersch (2004c) apuntan que:

> El deseo de hijo se actualiza en la demanda al Otro, que encarna el compañero […] recae sobre un objeto que tiene existencia y consistencia reales […]. Pero a diferencia de otros deseos, su objeto tiene una consistencia muy particular, sin duda porque es un pedazo del cuerpo, ´por venir` y ´por perder`, pero todavía no perdido. (p.145)

Durante la etapa de embarazo, la madre contiene dentro de sí al objeto de su deseo, del cual no obstante, deberá separarse tanto física como psíquicamente. Sin embargo, la separación real que adviene en el momento del alumbramiento no necesariamente implica la separación simbólica de la madre con la representación imaginaria que ha construido sobre su hijo. Para que este corte en lo simbólico tenga lugar, es necesario que la madre haya imaginarizado en su hijo, un sujeto independiente, totalmente diferenciado de ella.

De esta forma, la madre pasa a ocupar un lugar en el triángulo edípico, siempre y cuando exista la referencia a un tercer elemento.

Si el significante del Nombre-del-Padre pierde su eficacia en el discurso materno, el triángulo edípico no se estructura y el *infans* viene a restituir la falta de la madre en el ámbito de lo real, es decir, viene a taponar la falta de su madre a través de su propio cuerpo. Cabe aclarar además que la ineficacia de la función del Nombre-del-Padre está íntimamente ligada a lo que una madre imaginariza que podrá obtener de su producto. Entonces, la cuestión decisiva para el acercamiento a la problemática de la función del padre en el discurso materno es conocer qué posición ocupa el niño para la madre. A este respecto Lacan (1957) comenta: "No es en absoluto lo mismo si el niño es, por ejemplo, la metáfora de su amor por el padre o si es la metonimia de su deseo de falo." (p.244)

En este último caso, la madre solo es capaz de "anclar en la carencia corporal, realizando en la posesión del hijo la restitución pénica" (Jerusalinsky, 2011, p.157). La falta de una estructura triangular, debido a la imposibilidad de la madre para separarse a nivel simbólico de su hijo, resigna al *infans* a convertirse en testimonio viviente del narcisismo materno. De ahí que en varios casos de psicosis se encuentren niños muy bien alimentados, incluso sobrealimentados; asimismo niños muy pulcros que llaman a ser vistos como "falos radiantes", emblemas de aquello que se conoce como una "buena madre".

En la medida en que el *infans* constituye una extensión del narcisismo materno, hay una incidencia crítica en cuanto al establecimiento de la demanda puesto que la madre al parecer tendría una especie de "telepatía" con el hijo. Si la madre tiene el sentimiento de que el niño es su prolongación, va a responder a cualquier gesto del *infans*, a cualquiera de sus llamados, con una respuesta anticipada de acuerdo a sus propias necesidades o deseos, sin preguntarse qué es lo que el *infans* desea, es decir, sin suponer que el *infans* puede tener un deseo completamente diferente al de ella. La carencia de la función del Nombre-del-Padre en el discurso de la madre incide en la constitución de la demanda en el *infans*, como lo dice Jerusalinksy (2011) porque:

> […] porque el espejamiento puro, sin que lo imaginario quede dividido por la instancia simbólica, priva al niño de la constitución del gesto como significante

> provisorio, en la medida en que su movimiento no queda incluido en lo Simbólico materno. (p.158)

Así mismo, por ejemplo, en la fase anal, normalmente la madre va a demandar al hijo que le regale sus heces. El niño puede o no responder a esta demanda, incluso muchas veces niega sus heces, dando cuenta con esa negativa que está creando cierta autonomía, que él puede decidir si entregar o no sus heces. En estos momentos, no obstante, no se trata realmente de un deseo propio, sino del rechazo de la demanda del Otro. En contrapartida, en los casos de psicosis infantil muchas veces se muestra que las madres controlan el funcionamiento corporal del niño, imponiendo horarios rígidos para las cuestiones higiénicas, negando cualquier posibilidad de que el niño tome sus propias decisiones sobre aquello que sólo a él le corresponde. En estos casos la madre se sitúa como "dueña" de este ser, estableciéndolo como extensión suya, como su falo.

Por lo tanto, al no articularse la demanda en el niño, la función de anudamiento de los significantes que estaría dando cuenta de la existencia del sujeto de deseo, no se produce. El sujeto, por ende, no se reconoce en sus enunciados, a la vez que sus enunciados no logran encontrar una sanción que los legitime. No hay Otro que dé cuenta del acto de enunciación del niño. Como efecto, el *infans* queda confinado a no ser más que el amboceptor entre él y su madre, es decir, que solamente puede significarse a sí mismo como objeto parcial, borde que existe únicamente en el contacto a nivel real con el cuerpo de su madre. Entonces el *infans* no es más que la boca que recibirá el pecho, que las heces que serán limpiadas al igual que la orina, que una visión sin mirada, y que un oído sin escucha. El circuito de la pulsionalidad no se establece, impidiendo que los objetos parciales caigan e impulsen la metonimia de la cadena significante.

De ahí que en muchos casos de psicosis infantil se pueda observar que los niños utilizan al agente materno tomándolo por la mano cuando quieren alcanzar algo, ya que están muy dificultados para demandar mediante la palabra pues no se sitúan a sí mismos en la cadena significante como sujetos de un decir.

Todos estos elementos que se incluyen en la dialéctica madre-hijo, referida al agente materno y su narcisismo, es lo que se denomina como madre fálica. Así, la madre fálica está excluida de la autoridad del Nombre-del-Padre y el *infans* es objeto de goce de

ella. Una cita de Piera Aulagnier (1989) llama la atención por manifestar que hay un cambio de posición respecto a la Ley:

> […] la función paterna se ve destituida de antemano por lo mismo que la relación fusional madre/hijo le neutraliza cualquier posibilidad de inserción. De hecho, casi siempre estas madres mantienen una relación muy específica con la Ley del padre según el modo de *una renegación sistemática de la representación del Padre simbólico*. (p.101)

El problema que surge cuando una madre se asume como omnipotente y poseedora del falo a través de su hijo, es que la ley a la que ella se refiere es una ley de su capricho, es decir una ley cambiante. Estas madres en su relación con la Ley parecería que ellas mismas son la Ley, más no las intermediarias de la función representativa de un tercero, a cuya Ley ellas también estarían sometidas. Lacan en 1970, en su seminario *El reverso del psicoanálisis*, designa a esta ley materna la "boca de cocodrilo", y comenta que "estar dentro de la boca de cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca" (Lacan en Miller 2006, p.118). Es una ley que es imprevisible, mutable, según el capricho de un agente materno vivo, a diferencia de la Ley simbólica, Ley del padre muerto, hecha para permanecer inamovible. Esto provoca que el hijo se encuentre en una dificultad para interpretar la demanda de la madre. Como dice Dör (1989): "La equivocación patológica se debe a que esa Ley que quieren representar no es de ningún modo *la Ley del padre.*" (p.101)

3.3 El tambalear del yo en la psicosis infantil

Si abordamos el tambalear del yo como un caso observable en la clínica, en referencia a la psicosis infantil antes de los 4 años, es para poner de manifiesto cierta falla en la estructuración especular debido a la ausencia de identificación a las insignias del padre. En efecto, en la psicosis infantil, la función unificadora que da un sentimiento de sí

al *infans* (Selbstgefühl, como lo designa Freud en su *Introducción al narcisismo* de 1914), que sostiene una imagen integrada del cuerpo, que dibuja la realidad y que permite reconocer al otro como semejante, está alterada y pierde eficiencia en la estructuración imaginaria del *infans*. La imagen de la que el niño se apropia, no es la imagen de un cuerpo unificado y completo en tanto su madre se encuentra imposibilitada para verlo así a través de su deseo. En efecto, la madre tan solo consigue devolverle a su hijo la imagen que ella tiene de sí misma, que muchas veces coincide con la imagen de un cuerpo fragmentado, incompleto al nivel imaginario. Únicamente en presencia del cuerpo de la madre (como imagen del cuerpo del otro/Otro), especialmente de su mirada (como significante de reconocimiento del Otro, en la medida que el niño sabe que es imagen para el otro), el niño se siente seguro y contenido. Es por esto que el niño psicótico, en ausencia de su madre, produce ataques de angustia, ira, llanto, etc., y un actuar desorganizado: parecería que el niño no presta atención a los demás ni a lo que le dicen, tiene movimientos sin sentido o dirección, no se interesa por objetos ni hace caso a las circunstancias a su alrededor, se vuelve hiperactivo o por el contrario casi inmóvil, entre otras.

Como efecto de esta falla de la imagen del yo del *infans*, lo real que el imaginario tendría que recubrir tiende a invadir: la imagen del yo no puede encubrir el goce, apareciendo una tensión, que al no poder ser tramitada en lo simbólico, produce como efecto la fragmentación del yo. Por ende, la única forma de que no aparezca lo real por la fragmentación del yo es sosteniéndose en la imagen del cuerpo del otro (la madre) y su reconocimiento. Lo que tiene como consecuencia en la lógica especular (el yo es otro) que el yo del *infans* no logre mantener su unidad si no es por ser constantemente reinvestido por el agente materno.

De ahí que Maud Mannoni (1994) haga referencia a un fenómeno que destaca en la clínica de la psicosis infantil. Ella constata que "algo que asombra en estos niños es la forma en que siempre logran desarrollar una situación a dos, convirtiéndose en objeto de uno de los padres" (p.32). En efecto, en la clínica de la psicosis infantil se observan niños que pasan agarrados de sus madres y que al intentar ser separados explotan en llanto y autoagresiones. Es lo que Margaret Malher ha descrito en sus obras bajo la rúbrica de "psicosis simbiótica"[11]. De igual manera Chemama y Vandermersch (2004a) apuntan al

[11] El término "psicosis simbiótica" es un concepto de Margaret Malher que designa un cuadro clínico en el cual se describe una relación particular madre-hijo como resultado de ciertas fallas acontecidas durante el proceso de *individuación-separación* dentro del desarrollo intrapsíquico del niño. Tomado del vocablo

respecto que "Esta psicosis se connota por una intensa relación del niño con su madre, relación que no progresa hacia la investidura de esta última como separada de él." (p.55)

Dicha relación psicotizante tiene lugar debido a que el significante Nombre-del-Padre, al estar forcluído, no ha operado eficazmente un corte simbólico entre la madre y su hijo. Entonces la proximidad con el agente materno en lo real se convierte en la única manera mediante la cual el *infans* puede mantener su unidad yoica.

Siguiendo esta línea, la imagen que el *infans* le devuelve a la madre se convierte en único símbolo de valorización de reconocimiento. Piera Aulagnier (1994) comenta sobre esto que:

> El "yo [moi] es eso" sólo puede desempeñar su papel de soporte narcisista si está investido por la libido del otro; y a la inversa, todo don de amor ofrecido (si es aceptado), incluido el don extremo de un yo [moi] que se moldeará a la voluntad arbitraria de ese otro, confirmará el valor narcisista de ese yo [moi]. (p.186)

Interesante cita de Aulagnier ya que pone en juego que es la voluntad arbitraria de ese otro aquello que confirmará el valor narcisista del yo. En otros términos, sólo la madre puede producir un reconocimiento de acuerdo a los significantes de su propio fantasma. Por ello el *infans* se encuentra en una situación en la que su yo solo se mantiene dualmente con la madre. De ahí que Aulagnier (2004) plantee que "Investir libidinalmente al otro es querer hacerse don de placer para él […]; la respuesta del otro se convierte en la única medida que define el valor del don." (p.185)

Esto es exactamente lo que Martin Egge (2008) propone en su libro *El tratamiento del niño autista*:

> El deseo materno sigue siendo para el niño una X cuyo significado permanece enigmático. El niño tratará de responder a él en el plano imaginario, poniéndose en juego con el propio cuerpo en su totalidad. (p.90)

"simbiosis" que significa: "asociación cercana entre diferentes especies durante un período largo. Una o ambas se benefician de la asociación o, en el caso del parasitismo, uno de los participantes es dañado. La simbiosis comprende el mutualismo, el comensalismo y el parasistismo." (Audesirk, G. *Biología*. (pg. G-19)

Si en este momento la imagen del yo del *infans* se sostiene especialmente en el deseo materno, es decir, en sujeción a los sentidos del agente materno, los conflictos con la madre al no satisfacer su demanda pueden producir la desarticulación de la imagen yoica del niño. Se muestra, entonces, que la imagen especular no se sostiene sin una carga libidinal, que el agente materno debe estar constantemente libidinizándola. Si esta imagen especular no se carga libidinalmente, el yo del *infans* comienza a desestructurarse llevándolo al estadio de fragmentación corporal, apareciendo lo real que el imaginario cubría.

Entonces, ¿qué implica este tambalear del yo del *infans* cuando el niño responde desde la dimensión imaginaria al deseo de la madre? Implica toda la desestructuración de lo imaginario, que aparentemente se habría constituido entre los 6 meses y el año y medio de vida. Posteriormente, tal desestructuración acarreará ciertas consecuencias: la falla en la relación con el semejante y los objetos exteriores, la distorsión de la percepción de la realidad y sus efectos en relación al cuerpo propio, y la invasión del goce en el cuerpo. La inercia que se produce como efecto de la fragmentación del yo, se extiende evidentemente al mundo de los objetos que rodea al sujeto psicótico. La dinámica libidinal se establece de una manera distinta, más específicamente, en términos de una estasis libidinal. El niño empieza a desinteresarse paulatinamente por los objetos del mundo exterior debido a una imposibilidad para catectizarlos libidinalmente. Esto es lo que el caso "Dick"[12] pone de manifiesto en el seminario I de Lacan.

[12] El caso *Dick* es el caso de un niño de 4 años atendido por Melanie Klein en 1929 y retomado por Lacan en su seminario "Los escritos técnicos de Freud". En dicho caso se pone de manifiesto el posicionamiento de un sujeto en lo real cuando no ha tenido lugar una articulación de los registros simbólico e imaginario en su constitución. Ciertas fallas en la especularidad y el desarrollo del lenguaje predominan en el cuadro.
Cfr.:
a) Klein, Melanie. "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" en *Psicoanálisis del desarrollo temprano*. Buenos Aires, Ediciones Hormé. Pg. 60-87
b) Lacan, Jacques. Seminario I: Los escritos técnicos de Freud. Buenos Aires, Editorial Paidós. Pg. 130-140

CAPÍTULO IV

4. PRESENTACIÓN DEL CASO

El caso que se expone a continuación corresponde a la historia de un sujeto que en la actualidad tiene 28 años de edad. La presentación de un caso como éste, que no se limita a los primeros años de vida del sujeto, permite analizar además de la dinámica entre la madre y su hijo, los irreversibles rasgos patológicos que se mantienen a lo largo del desarrollo del sujeto y que provocan estragos, incluso en la edad adulta.

Para la construcción de la historia vital fueron necesarias varias entrevistas con la madre y con el sujeto mismo. La historia de la madre, de su propia vida, también se presenta a continuación, pero ésta vez, a modo de entrevista transcrita. Los nombres, además de otros datos identificatorios, han sido modificados con el fin de mantener anónima la identidad de las personas involucradas en este caso. En el caso de nombres iguales para diferentes personas, se ha procurado distinguirlos utilizando un formato diferente en la escritura de cada uno de ellos, esto es, *Sebastián* para el hijo y SEBASTIÁN (en mayúsculas) para el padre.

Es importante recalcar que esta historia y su respectivo análisis surgen únicamente a partir de la observación y escucha directas, fuera de un encuadre terapéutico. Es decir, no se realizó ningún tipo de intervención terapéutica antes o después de la realización de este informe, que tuviera como objetivo el restablecimiento del sujeto o de su madre.

4.1 Historia vital

Sebastián, quien ha recibido el mismo nombre de su padre, es el primer hijo de una pareja joven que llevaba aproximadamente 2 años de matrimonio. Ana y SEBASTIÁN (padre) se conocieron durante el periodo universitario y una vez recibidos sus respectivos

títulos profesionales, decidieron casarse y mudarse a la ciudad de origen de SEBASTIÁN, en la costa.

Ana recuerda el cambio brusco que significó para ella el alejarse de su familia y amigos, además del paso de una ciudad a otra (de la Sierra a la Costa) teniendo que acostumbrarse enseguida a un ambiente y costumbres diferentes de los que conocía. Aunque su relación prematrimonial fue bastante buena, los conflictos comenzaron a aparecer inmediatamente luego de pasar a vivir junto con la familia de SEBASTIÁN.

Ella describe a la madre de su esposo como la figura de total autoridad en la familia que, además, tenía cierto pensamiento "machista" puesto que acostumbraba a defender y solapar los comportamientos negativos de SEBASTIÁN, como por ejemplo, cuando él salía por las noches con amigos e ingería alcohol. Las discusiones en la pareja se dan por tales motivos y mientras que SEBASTIÁN mantiene sus salidas nocturnas, Ana permanece en casa sintiéndose cada vez más sola, pues tampoco logra llevar una buena relación con sus parientes políticos con los que convive en esta época.

Ana comenta que a lo largo de su relación de pareja siempre tuvo la impresión de estar en una posición inferior y desventajada con respecto a su esposo. Ana reconoce haberse sentido emocionalmente dependiente de SEBASTIÁN pues todos sus comportamientos y palabras (incluso sus reclamos), iban dirigidos a procurar mantener la atención y el afecto de su esposo que probablemente sentía como insuficientes.

Posteriormente, Ana queda embarazada y este acontecimiento resulta para ambos una grata sorpresa. Tanto Ana como SEBASTIÁN deseaban tener a su primer hijo y habían comenzado a sospechar de la posibilidad de un problema de fertilidad, pues pasó más de un año antes de que ocurriera la concepción. Para Ana, el bebé se convierte inmediatamente en la razón que mejoraría la relación de pareja. No obstante, las cosas no suceden así pues SEBASTIÁN continúa ausentándose durante el embarazo y Ana vive esos meses en un estado de aflicción y de ira en contra de su esposo.

Ana relata también su fobia a los insectos a los que se veía permanentemente expuesta por el hecho de vivir en una ciudad de clima cálido, y cuenta sobre aquellas ocasiones en las que, estando en estado de gestación, sufrió ataques de pánico frente al encuentro con tales insectos. En efecto, Ana comenta que aunque no sufrió estragos durante el embarazo, sentía asco por todo el ambiente que le rodeaba, es decir, la casa, la comida, etc. *Sebastián* más adelante tendrá este mismo repudio hacia los insectos.

El parto fue realmente traumático tanto para Ana como para el bebé. Ana afirma que las complicaciones se debieron en gran parte a la falta de asistencia médica adecuada; ella dice que sentía como si "en vez de pujar, retenía al bebé adentro". Hubo sufrimiento fetal, el bebé permaneció unos momentos sin oxígeno, lo que ocasionó hipotonía muscular. Luego del parto, Ana quedó imposibilitada para atender a su hijo, y al parecer el bebé habría llorado durante toda la primera noche en la clínica sin que Ana lo supiera, pues se había quedado profundamente dormida por el esfuerzo del parto.

Desde ese momento, el cuidado del bebé se volvió extremadamente difícil para Ana quien no podía separarse del niño ni por un momento ya que éste lloraba inconsolablemente. La madre de Ana la acompañó en esta tarea los primeros meses pues Ana dio a luz en su ciudad natal. Sin embargo, Ana recuerda que sentía la intervención de su madre como una presión más que como una ayuda pues criticaba todo en relación a sus cuidados con el bebé.

En realidad Ana nunca había logrado tener una buena relación con su madre a quien sentía siempre indiferente y muy distante de ella y sus hermanos. Ana refiere que su madre únicamente se preocupaba por atender a su marido (padre de Ana) y por el cuidado de su casa, descuidando la mayor parte del tiempo a sus hijos.

Inmediatamente luego del parto, Ana notó algo "raro" en la mirada de su hijo (que no logró especificar durante la entrevista), y éste fue tal vez el primero de una serie de síntomas que aparecieron a lo largo de todo el desarrollo del niño.

Ana deja de darle de lactar a *Sebastián* a los 5 meses, cuando ella queda embarazada de un segundo hijo. Los problemas respiratorios de *Sebastián* empiezan antes del primer año y el niño es medicado sin descanso con antibióticos, pues las infecciones respiratorias no cesan. Al mismo tiempo, justamente debido a la fuerte medicación, *Sebastián* no come adecuadamente y adelgaza de una manera alarmante. Su madre se desespera y procura alimentarlo incluso a la fuerza, pero esto solo provoca que el niño vomite todo alimento que se le da.

Sebastián es entonces un niño delgado y débil que constantemente está enfermo. Las infecciones respiratorias permanentes provocan la pérdida total del oído derecho de *Sebastián* y el funcionamiento deficiente de su oído izquierdo. Ana no lo saca de casa pues tiene miedo de que pueda enfermarse más; incluso recuerda que su hijo solía quedarse

mirando a través de las rejas de su casa hacia la calle "como queriendo salir de allí, como sintiéndose un prisionero".

Cuando *Sebastián* tiene 1 año y 3 meses, nace su primera hermana y esto complica más aún la situación, ya que Ana no tiene ninguna ayuda para cuidar a sus hijos y se siente sola y muy cansada. Toda su atención se dirige a *Sebastián* por su salud delicada, y deja un poco de lado a su hija.

Debido a la hipotonía muscular, *Sebastián* no logra gatear y camina recién a los 20 meses de edad aproximadamente. Tal retraso psicomotor llama la atención de sus padres, por lo cual se le realizan al niño exámenes neurológicos a la edad de 2 años. En los resultados aparecen calcificaciones en el cerebro y los médicos recomiendan un examen exhaustivo para descartar una posible neurofibromatosis adquirida por herencia, puesto que existe un caso de esta enfermedad en la familia por parte de SEBASTIÁN. El diagnóstico de los médicos es bastante desalentador, y se pronostica para el niño un máximo de vida de 5 años.

Los padres de *Sebastián* viajan enseguida con su hijo a Cuba para pedir una segunda opinión. Allí los médicos los tranquilizan pues niegan la existencia de tales calcificaciones en el cerebro del niño y afirman que sólo es necesaria una adecuada rehabilitación psicomotriz, además de terapia del lenguaje, para mejorar su retraso en esta área. Sin embargo, al volver de su viaje, la rehabilitación del niño se descontinúa pues en la ciudad en donde viven este tipo de atención médica es casi nula. Para ese entonces, Ana ya tiene a su tercer hijo, una niña, y se encuentra más ocupada que nunca. *Sebastián* no logra recuperarse del todo y la hipotonía muscular se mantiene hasta la edad adulta.

Ana comenta que sus 2 hijas no le dieron mayor problema pero que *Sebastián* aún seguía enfermándose, no comía, se golpeaba en todo momento incluso cuando Ana trataba de guiarlo. Ana recuerda que en cierta ocasión, mientras estaban en el hospital en Cuba, ella y su hijo se levantaron por la noche y caminaron con la luz apagada cogidos de la mano. *Sebastián* que era bastante pequeño todavía trataba de llevar a su madre en una dirección pero Ana lo jalaba hacia otra. Finalmente caminaron hacia donde Ana decía y *Sebastián* se golpeó contra algo en la oscuridad. Este tipo de incidentes eran comunes, pues aunque Ana aparentemente sobreprotegía a *Sebastián*, él siempre se hacía daño con los objetos que le rodeaban.

Ana afirma que las dificultades de su hijo y el trabajo que le daba a ella, provocaban que ésta rechace a su hijo cada vez con mayor fuerza. Cuando *Sebastián* era muy pequeño solía llorar durante las noches y ninguno de sus padres se levantaba para atenderlo dejándolo llorar por horas. Cuando pudo caminar, *Sebastián* se pasaba por las noches a la cama de sus padres pero Ana lo rechazaba inmediatamente golpeándolo para que se fuera a su cuarto. A pesar de los golpes, muchas veces *Sebastián* se quedaba durmiendo al pie de la cama. Ana recuerda que sentía un enorme fastidio hacia su hijo que hasta ahora no ha podido superar del todo. Recuerda incluso que a veces mientras iban en el auto, a ella le venían pensamientos terribles en los cuales sufrían un accidente y *Sebastián*, quien se sentaba en la parte posterior entre sus hermanas y al no tener ninguna protección, era el único que moría en la tragedia. Ana llegó a desear que tal accidente ocurriera en la realidad.

Por otra parte, Ana afirma que para esta época ya existían muchos problemas de pareja. Ana continúa resintiendo la ausencia de su esposo en la casa, su falta de ayuda y comprensión. Además, la situación económica es bastante inestable lo cual también empeora su relación.

Cuando tuvo edad suficiente, *Sebastián* fue llevado a la escuela. Ana no recuerda mayor cosa del rendimiento de su hijo allí o de sus capacidades en cuanto a la interacción social. En lo referente al juego, *Sebastián*, debido a sus dificultades motrices, no hacía deporte y la mayor parte del tiempo no podía incluirse en el juego de los demás niños por esta misma razón.

No obstante, algo que se manifestaba bastante a menudo en *Sebastián* eran sus accesos de violencia. Solía maltratar incansablemente tanto a sus hermanas como a sus primos e incluso a mascotas. En cierta ocasión, en un arranque de ira llegó a ahorcar a un gato pequeño sintiendo después y durante años, una gran culpa.

Su alimentación presentaba aún trastornos, pues alrededor de los nueve años de edad comenzó a comer en exceso de una manera ansiosa. Una vez que ingería rápidamente una gran cantidad de comida, se sentía sumamente nervioso y vomitaba a continuación lo que había comido. Esta conducta que duró varios años, provocó un aumento de peso considerable y constituyó nuevamente el tema del conflicto entre y él y su madre.

En efecto, la relación entre *Sebastián* y su madre continúa siendo bastante mala. Ana refiere que solía castigarlo fuertemente con gritos y golpes frente a cada mal

comportamiento de *Sebastián* que por lo demás, eran bastante frecuentes. Ana recuerda que antes de que *Sebastián* aprendiera a hablar, el pequeño le pedía que no lo golpeara más. *Sebastián* por otra parte, dice haber sentido siempre que Ana se burlaba de él y de las cosas que hacía.

Sebastián siente a su padre bastante distante también, sobre todo por la gran diferencia que hay entre uno y otro. El padre de *Sebastián* siempre fue desenvuelto y gustaba mucho de los deportes. Es una persona descomplicada que minimiza y nunca prestó la suficiente atención a las dificultades de su hijo. Según él, a su hijo tan sólo le hace falta "ponerse las pilas" pues él no ve que tenga algún problema importante.

Sebastián siente además que sus hermanas siempre fueron preferidas por sus padres y que a él, por ser el único varón, no se lo tomaba en cuenta y se lo dejaba de lado incluso hasta la actualidad. También recuerda haber sentido el rechazo de sus hermanas que siempre estaban juntas y que lo excluían de los juegos.

Cuando *Sebastián* cumple 11 años, sus padres deciden separarse, pues los problemas de pareja llegan a un nivel crítico. Ana vuelve con sus hijos a su ciudad de origen y se queda allí durante un año. En este tiempo la situación se estabiliza, los niños tienen un buen rendimiento escolar y *Sebastián* mejora en sus relaciones sociales e incluso comienza a practicar un arte marcial. Al cabo de un año la pareja vuelve a unirse y regresan juntos a la costa.

Al pasar a la adolescencia, *Sebastián* presenta nuevamente una serie de síntomas. En el colegio el nivel de violencia baja y por lo contrario, se conoce de ciertas ocasiones en que fue golpeado por compañeros de su establecimiento. Su rendimiento académico es bajísimo, y comienza a aislarse del resto y a abstraerse en la lectura. Tiene muy pocos amigos y no se conoce de alguna relación amorosa durante este período. La relación conflictiva con su madre se mantiene, con la diferencia de que ahora se muestra en una posición de total oposición y rebeldía frente a ella. Las discusiones con su madre son violentas y muchas veces terminan cuando SEBASTIÁN pierde la paciencia y castiga físicamente a su hijo. *Sebastián* también tiene graves discusiones con su hermana (segunda hija) con quien no logra llevarse bien hasta el día de hoy.

En la casa *Sebastián* no coopera en nada, y tanto Ana como SEBASTIÁN siempre están atendiéndolo en todo, puesto que están seguros de que él no puede hacer nada por sí mismo debido a sus deficiencias motrices que le dificultan sobre todo el manejo de objetos

pequeños. Tanto es así que *Sebastián* llega a los 18 años sin poder hacer las tareas más elementales, como por ejemplo, sin poder prender un fósforo, o sin poder abrir una golosina.

La época de adolescencia para *Sebastián* es una época de total indiferencia frente al mundo que le rodea. Parece estar ausente y retraído. Incluso hay ocasiones en las que se lo ve hablando sólo en la calle sin prestar la menor atención a la gente ni a los peligros comunes. En cierta ocasión SEBASTIÁN recuerda haber visto como su hijo casi es atropellado al cruzar la calle sin ni siquiera mirar los autos que venían en ambas direcciones.

Tanto Ana como SEBASTIÁN manifiestan el miedo que sienten frente a la posibilidad de que a su hijo le ocurra algo debido a sus constantes distracciones. *Sebastián* está tan retraído en su mundo que parece no notar la diferencia entre comer una cosa u otra, o entre sostener un objeto u otro. Por lo general, son sus padres quienes tienen que decirle o hacerle notar que, por ejemplo, está tomando sopa con un tenedor y no con una cuchara.

En la adolescencia aparecen también las quejas de *Sebastián* con respecto a su salud. No es inusual que *Sebastián* tenga alguna dolencia y que reclame un médico especialista para partes distintas de su cuerpo. Se queja de que le duelen los ojos, aunque el oftalmólogo no encuentre nada malo; así mismo quiere que lo atiendan un dermatólogo, un cirujano, un urólogo, etc. uno después del otro. Los médicos que lo ven no encuentran nada y por lo general recomiendan un tratamiento psicológico. No obstante, a través de sus incesantes demandas, *Sebastián* logra finalmente convencer a sus padres de que le realicen la circuncisión.

Pero las quejas no se detienen y llega el momento en que *Sebastián* habla con su padre sobre otro problema de tipo sexual y exige que se le hagan exámenes hormonales. Tras el examen se le detecta a *Sebastián*, a la edad de 24 años, un tumor de apariencia maligna en la glándula tiroides. La noticia conmociona a la familia e inmediatamente es intervenido quirúrgicamente. Ventajosamente los exámenes posteriores arrojan un resultado de cáncer negativo.

Su deficiencia auditiva también se la atribuye en parte al tumor en la glándula tiroides, es decir al desequilibrio hormonal. Supuestamente, tendría en su oído izquierdo el llamado Síndrome de Meniere, enfermedad poco conocida en la cual los niveles de audición bajan y suben de acuerdo a ciertas condiciones específicas, entre ellas al parecer

el estado emocional del paciente. Hace pocos años, *Sebastián* cayó en una fuerte depresión debido a su sordera, que parecía empeorar y paradójicamente bajar más aún los niveles de audición.

Hace 2 años, a la edad de 25, a raíz de su estado depresivo y de la recomendación de otros médicos, *Sebastián* comenzó un tratamiento psicológico. Lamentablemente el tratamiento nunca concluyó pues para asistir a las citas *Sebastián* debía viajar a otra ciudad. La distancia y la situación económica complicaron la regularidad de las sesiones y finalmente *Sebastián* abandonó el proceso. En las sesiones que tuvieron lugar, *Sebastián* pudo hablar con el psicólogo de su vida y encontró que tenía una enorme dificultad para precisar su identidad sexual. Empezó a dudar de su heterosexualidad y a creer que era homosexual. En realidad esta idea parecía tener sustento, pues *Sebastián* recordaba haber tenido experiencias penosas y de rechazo con mujeres a lo largo de toda su vida sin llegar nunca a tener una relación estable con alguna de ellas. Además recordó episodios tanto en la infancia como en la adolescencia en los que tuvo contacto sexual con chicos, incluyendo a uno de sus primos.

Sin embargo, esta duda parece haber surgido a partir de la relación transferencial con el psicólogo a quien *Sebastián* admiraba mucho. El psicólogo, de acuerdo con la práctica de su corriente psicológica, solía compartir con *Sebastián* sus vivencias personales, incluyendo situaciones que tenían que ver con su propia homosexualidad. Los padres de *Sebastián*, al enterarse de que éste creía ser homosexual y de que su psicólogo lo era, trataron de convencerlo a su hijo de que no era homosexual y de que debía dejar el tratamiento. El tema de la homosexualidad deprimió nuevamente a *Sebastián* quien parecía una vez más utilizar esta razón para sentirse incapacitado como se sentía debido a sus problemas de salud.

A pesar de no estar de acuerdo con el tratamiento psicológico de *Sebastián*, Ana comenta que a partir de éste se abrió la posibilidad por primera vez de considerar que *Sebastián* viviera lejos de sus padres. Reconocieron además que es su propio miedo lo que impide que su hijo salga adelante. Ana por otra parte, muestra desde hace muchos años su arrepentimiento frente al trato que le dio a su hijo durante gran parte de su vida. Afirma estar consciente del grave daño que le produjo, aunque todavía no logre mejorar su relación con él pues aun lo considera un chico bastante limitado y trata de sobreprotegerlo constantemente.

En la actualidad, *Sebastián* ha terminado la carrera de Periodismo y está por terminar una segunda carrera de Derecho. Esto se debe a que, a pesar de su bajo rendimiento académico durante la adolescencia, *Sebastián* se interesó muchísimo por estas dos ciencias y demostró, durante la universidad, un gran empeño en sus estudios. Su intelecto, así como el gran conocimiento adquirido durante años y años de lectura, pudieron verse reflejados de manera sorprendente el día en que sustentó su tesis de grado y recibió su primer título. Hace unos pocos meses ingresó a trabajar en el Municipio de la ciudad en donde vive. Sin embargo, aún manifiesta serias dificultades para relacionarse socialmente. De los tres hijos, *Sebastián* es el único que todavía vive con sus padres.

4.2 Entrevista con la madre

Nombre: Ana X, 54 años

Es la tercera entre cinco hermanos, 3 varones y dos mujeres.

¿Cómo se conocieron sus padres?

Se conocieron por un trabajo de mi papi, mientras él hacía unas encuestas en Cañar. Él se hospedaba en la casa de mami, vivió un tiempo allí. Luego se enamoraron como locos y se casaron. Pero era bien bonito porque mami tenía algunos pretendientes en esa época y se enamoró de papi…

¿Qué edad tenían cuando se casaron?

Mami tenía 18 años y papi tiene 10 años más que ella, así que habrá tenido unos 28 años más o menos. Era una pareja bien enamorada, incluso me acuerdo que cuando vivíamos en Riobamba, en una casa grande y antigua, ellos eran cogidos de la mano, corrían, se reían… Eran cariñosos, rara vez peleaban.

¿Cuánto tiempo fueron enamorados antes de casarse?

Creo que unos tres años.

¿Cómo se casaron?

Se casaron cerca de Azogues, el civil y el eclesiástico el mismo día. Después ella fue a vivir con su familia política en Ambato. Al principio eran muy pobres, tenían unos dos cuartitos con un baño en la parte de atrás de la casa de la hermana de papi, era un chalet.

¿Qué recuerda de su infancia?

La infancia bien, yo era alegre de chiquita, y mi mami era contenta con eso, orgullosa. De eso me acuerdo. Mami dice que yo caminaba y me reía. Como experiencia bien bonita de pequeña, a los 6 años me fui a vivir a Azogues por 1 año. Pasé súper lindo porque era recontra mimada de mis tías y tengo un recuerdo hermoso. Hasta ahora amo Azogues. Me llevaba bien con mis ñaños pero también me acuerdo de los sustos que me hacía tener mi hermano José. Él se escondía debajo de las escaleras por las noches, y cuando yo pasaba por ahí, salía de repente y me asustaba. Con él no me llevaba bien, siempre peleábamos. Yo tenía siempre miedo, miedo a la oscuridad, a los fantasmas, era miedosa realmente desde chica, desde los siete años, algo así…

¿Qué hacían sus padres al respecto?

Mis papis no se daban cuenta de estas cosas, no sabían mucho de lo que nos pasaba. Estaban como en un mundo aparte de los hijos. Eran de esos papás que no conversan con los hijos. Finalmente yo siempre guardaba todo para mí. Además mi hermana era un poco complicada como para estarle contando mis intimidades.

¿A qué se refiere con complicada?

A que se asustaba mucho, exageraba. Cualquier cosa que le contaba le impresionaba, y yo en cambio le cogía más suave. Hasta ahora es así. Ella se impresiona, llora. Yo también me impresiono pero siempre he sido más tranquila.

¿Cómo era su relación con sus padres?

A mi mami siempre la he sentido distante pero buena. O sea siempre preocupada de la casa, pero nunca era amiga, nunca… Mi papi era más mi ejemplo, mi admiración. Pero hubo una época en la que mi papi, a pesar de que nunca nos pegaba, nos criticaba mucho. Si venía una visita teníamos que servirle todo perfecto. Claro, nos enseñaba todas las normas de educación pero nos trataba como si fuéramos tontos, nos minimizaba. Cuando se trataba de atender a las visitas nos criticaba, como diciendo: no pueden hacer esto o lo otro. Encima mi ñaño José se sentía mal, ya no quería ir al colegio, ya no quería estudiar. Y mi papi le empezó a pegar. Mi ñaño ya no quería ir aunque sabía que mi papi le podía caer encima. Creo que la parte física le afectó mucho, no comía bien, era pequeño, delgadito, y los amigos eran grandes. Creo que los amigos se reían de él. Era introvertido, triste.

¿Qué hacía su madre al respecto?

Mami lo mimaba a mi ñaño. Mi papi le pegaba pero a ella le daba pena. Sin embargo, no podía oponerse a papi. Siempre era lo que papi decía. Y a nosotros nos daba iras porque mami lo mimaba mucho (risas), y eso está bien, porque mi ñaño era el más golpeado.

¿Cómo es su relación con su hermano José?

Siempre fuimos distantes, peleados. Ya de grandes comenzamos a conversar. Era bien triste mi ñaño. Cuando entró a trabajar en el Banco Central ahí recién cambió. Papi era exigente y quería que estudie. Comenzó a pegarle y cada vez era peor, más retraído, más solo. Y eso me afectó a mí bastante. De eso me acuerdo…

¿Cómo era la relación entre sus padres?

Papi era exigente con mami, terriblemente exigente, sobre todo en el tema de la comida. Mami tenía que ponerle lo justo de zanahorias, de carnes o de lo que sea a una sopa, por ejemplo, porque si había un ingrediente en más cantidad, papi se enojaba muchísimo, era insoportable. Yo no sé cómo mami le aguantó tanto. Igual papi salía a las 6 de la tarde del trabajo y si mami no estaba en la casa cuando él llegaba, era mortal. Por ejemplo, si mami

estaba ese rato comprando unas telas para los uniformes se desesperaba por regresar a la casa antes de las 6. Y si llegaba más tarde que él, él se ponía bravísimo.

¿Cómo era su madre con su padre?

Muy sumisa, muy consentidora. Él era malgenio, pero por otro lado tenía esa parte tan linda que es tan noble de corazón, tan recto, tan sincero… Pero bueno, yo en sí siento un matrimonio bien llevado, que se querían mucho, hasta ahora.

¿De qué se acuerda de su relación con su madre?

Siempre la sentí distante. Después yo veía la actitud de ella con la familia política. Nosotros nos llevábamos bien con mis primos y ella arruinaba todo porque se peleaba con todos ellos, era egoísta. A veces los parientes políticos le faltaban al respeto a ella al disimulo. Luego se dedicaron al juego de las cartas, y en el juego también peleaban. Y mi hermana y yo teníamos que cocinar una sopa los domingos para todos los parientes que llegaban a jugar a la casa. Mi hermana y yo odiábamos los domingos por eso, porque no podíamos descansar y teníamos que atenderlos. De chicos teníamos esta relación con nuestros primos de parte de mi papi. Pasábamos bonito con ellos, pero uno de mis primos, que tenía como un resentimiento social, trataba de hacer diferencia entre los grupos, como que ellos eran mejores que nosotros. Y ya con el tiempo aumentaron las envidias y nos fuimos distanciando, porque ellos como que querían minimizarnos, sobre todo a la familia de mami.

¿Qué recuerda de las conversaciones con su madre?

Casi nada… Eso sí, ella estaba pendiente de las cosas del colegio. Pero nada más. Es que no conversábamos, mami era gritona como soy yo. Siempre nos decía ya levántense, ya limpien. Nos tenía limpiando, lavando y nosotros queríamos jugar. Y ella nos hacía limpiar los vidrios, y ya limpiábamos y era que falta esa esquina, que la otra esquina, que quede todo brillando, nos fregaba. Con esa obsesión que ella siempre ha tenido con la limpieza. Yo odiaba cuando ella peleaba con las empleadas. ¡Era tan injusta con ellas! Les hacía

trabajar como locas, no les dejaba descansar, eran unas empleadas excelentes pero igual mami les exigía, era peleada completamente con ellas.

¿Y nadie en la familia podía decirle algo al respecto?

Mi papi le hablaba, y yo a medida que crecía le reclamaba cada vez más.

¿En qué momentos se acercaba ella a usted?

Casi nunca, no conversábamos casi nunca. Ella estaba siempre ocupada, haciendo.

¿Cómo hubiese querido que fuera su relación con ella?

Yo hubiese querido ser más amiga de mi mamá, contarle mis cosas de adolescente. Eso sí nos decía que el matrimonio era sagrado, que teníamos que hacernos respetar por los chicos. Y era distante porque sólo estaba preocupada de la casa y de mi papi. Y en eso coincidimos todos los hermanos. Por ejemplo, ella tejía, era hábil y se pasaba haciendo los tapetes. Pero a nosotros no nos tejía los sacos que nos hacia una falta terrible. Yo me acuerdo de un saco que me tejió, uno o dos me hizo y eran feísimos. Y nosotros no le pedimos nunca porque no nos hubiera hecho caso. Era muy materialista, yo si peleaba un poco con ella.

¿A qué edad?

De adolescente un poco. En cambio ahora si peleo más, ahora veo las cosas más claras. Siempre conversamos entre mis hermanos el vacío que sentimos en esta relación con nuestros padres y sobre todo con nuestra madre. Por ejemplo, qué terrible cuando yo estaba con mis hijos pequeños, con el Sebas enfermo, igual ellos se iban a jugar. Otra abuela hubiera dicho, no mi nieto está enfermo en la casa, mejor me quedo… O sea para ellos era el juego y fin, no había nada más.

¿Alguna vez uno de ustedes les dijo algo a sus padres?

Ninguno de los cinco decíamos nada. Alguna vez que mi ñaño reclamó algo, mi papi se puso bravísimo con él. Tenemos mucho resentimiento. Gracias a Dios mi ñaño es tan humilde, tan bueno que parece que ya se ha olvidado. Y yo hasta ahora veo tantas actitudes incoherentes en mi mami. Me molesta tanto oírle hablar de Dios y de Dios, y comete tantos errores, no simples sino graves.

¿Tuvo alguna enfermedad en la infancia o adolescencia?

No, lo normal. Una vez me dio pulmonía, cuando pelee con mi primer enamorado, el Paúl.

¿Qué recuerda de su primera menstruación?

No me acuerdo como fue. Pero recuerdo el descuido de mi mami cuando empecé un tratamiento hormonal con mi tío que es endocrinólogo. Yo llegué a la adolescencia y se supone que mi tío podía darme un tratamiento porque queríamos crecer. Mis hermanos y yo éramos pequeños, y se supone que el tratamiento me haría crecer unos centímetros. Y entonces yo empecé a tomar las pastillas. A veces pienso que eso pudo haberme producido lo que tengo ahora porque, por ejemplo, era de tomarse una pastilla diaria y a veces yo me olvidaba de tomar un día y al día siguiente me tomaba dos o tres. El tratamiento no funcionó y mi mami jamás se preocupó de si yo tomaba o no la pastilla.

Ya en la adolescencia yo era triste, porque era una chica medio pobre, mami no se preocupó mucho del cuidado exterior de nosotros, éramos desaliñados, desordenados, a veces teníamos la ropa manchada. Mi mami lavaba siempre la ropa pero no teníamos para todos los días y repetíamos. Yo no sé por qué mami siendo tan estricta se descuidaba de eso. O nos hacía lavar a nosotros pero nosotros nos descuidábamos porqué éramos pequeños y nos daba pereza.

¿Qué recuerda de su adolescencia?

Era como tímida. No tenía ropas para irme a los bailes. A mis hermanos y a mí nos veían como pobres seguramente. Encima de que era pequeña, no llamaba la atención. Y a mí si no me gustaba cualquiera, trataba de llevarme con personas de mi nivel, eso sí tenía bien

claro, que no me iba a casar con cualquiera. Y bueno, la gente se acercaba a mí pero más por lo agradable o buena que podía ser y no por lo físico. Tendría mi gracia, pero no era gran cosa. A mí me molestaba ser muy flaquita y chiquita y era asustada porque yo no crecía como mis amigas. Yo las veía ya señoritas y los chicos las miraban a ellas y no a mí, y eso si era un trauma para mí (risas), como quien dice por ser fea... y tienes el mismo sentir que ellas, que te gustan los chicos guapos, que quieres salir…

¿Qué decía su mamá o su papá cuando usted o sus hermanos hacían algo bien?

¡Nada! (risas). Es que mi mami era muy indiferente. Aunque si era feliz diciendo que yo estaba en el cuadro de honor. Siempre nos recomendaba que seamos estudiosos, aplicados. Y mi papi nos daba un sucre cuando nos entregaban las libretas. Mi mami nos hacía guardar en una alcancía y ahorrar y no pues, cuando uno es chico no tiene que ahorrar, uno tiene que gastarse ese sucre.

¿Y cuando usted creció, por qué quiso salir de su casa?

Porque odiaba eso del juego. Para esa época hasta papi y mami se pelaban por el juego. Además yo no me veía ahí en un futuro trabajando en un banco, ganando un sueldo, así sea bueno, pero sin poder progresar. Yo quería progresar, hacer algo. Por otra parte no tenía una relación muy fuerte con mis hermanos en esa época y mi ñaña no era así para confiar. Más confianza tenía yo con mi prima. Ella si me hablaba, me comprendía, no se asustaba. En cambio mi ñaña se asustaba de todo. Entonces, ¿cómo le iba a contar cosas más feas a ella? No se podía...

¿Cree usted que su propia historia se relaciona de alguna manera con la relación conflictiva que tiene usted con su hijo?

Yo creo que sí. Siento que la falta de amor de la mamá hace que una persona se sienta insegura. Ese descuido terrible…

¿Crees usted que repitió los errores de su madre?

Lo de gritona y peleona sí. Pero mami no nos pegaba. Igual que ella, yo era sólo pendiente de mi esposo, la diferencia es que mami sí tenía la correspondencia de mi papi. Y yo dejé a un lado a los niños, para mí era siempre era él, él, él… Si estaba mal con él, estaba mal con mis hijos. Pobrecitos mis hijos porque yo no respetaba lo que sentían. Más bien me topaba con ellos. La amargura, las iras me desquitaba con mis hijos. Es que yo me casé recontra enamorada y me sentía no correspondida.

¿Usted cree que su padre era mejor marido que el suyo?

¡Mucho mejor!

¿Cree usted que eso se deba al cómo se sentía usted con su aspecto físico?

Seguramente hay relación. Yo me sentía menos que mi esposo, yo no era bien arreglada porque no tenía dinero, era pequeña, dependía del dinero que él podía darme, y lamentablemente él no tenía trabajo. Mis papis nunca pudieron darme porque tampoco tenían dinero. Yo creo que a mi esposo tampoco le gustaba eso. Yo creo que él hubiera querido una mujer más representativa.

¿Cómo era la relación entre su madre y su esposo?

A ella le gustaba, le parecía un buen hombre. Y claro, después ya veía los problemas que había entre nosotros. Como son las mamás, ¡presienten tanto!, uno no valora lo que es la madre… Como sería que me veía tan mal mi mami que una vez que estuvo aquí en mi casa, ella sentía el ambiente bien pesado. Si una vez me dijo, cuando volví con mi esposo de Ambato, "mija no te regreses" le salió del alma, como diciendo ahí pasa algo horrible, como que sentía la vibra de que a mí me pasaba algo bien feo. Y ella que siempre me decía que regrese con mi marido, a mi casa, a mi hogar. ¡Cómo sería esa vez para que me diga que ya no regrese!

¿En qué momentos ha sentido usted que su madre la ha apoyado?

En muchas cosas mi mami me acompaña y me siento bien. Siempre ella es así, que ayuda a ver, aunque sea por ejemplo, si hay que comprar algo. Ahí mami está conmigo. O sea si se ha sentido el calor de ella, su protección. Una vez me acuerdo hace unos años, hubo una manifestación de indígenas y pasaron por el almacén de mi hermano. Creo que en algún momento estos indígenas ya iban a lanzar piedras y mami se puso delante para protegerle a mi ñaño. Eso me pareció bien lindo. O sea es valiente mami, parece que el rato de una cosa así ella reaccionaría a morir.

¿Por qué cree usted que sea su madre sea así, tan distante?

Porque ella también sufrió mucho, tuvo una infancia muy triste. Ella fue maltratada, le pegaban cuando ella era pequeña. Mis abuelos eran unas bestias. Les ponían en fila a los hermanos que eran bastantes para pegarles por cualquier cosa. Parece que mami sufrió mucho, sino que es calladita. Y eso es justo lo que me admira de ella, que jamás le he oído hablar mal de sus padres. Yo supe esto por mis tías. Mami jamás se quejó de ellos, más bien se refiere a ellos con un respeto único. Ella no hace lo que yo hago, quejarme de ella. Hace cosas buenas, solo que uno no se da cuenta de esas cosas.

4.4 Análisis del caso

Todo análisis de niños, en especial en los casos en los que se presume un diagnóstico de psicosis infantil, nos obliga a preguntarnos constantemente por la función del Otro, en tanto orden simbólico, es decir, lugar de la palabra. Los padres, en especial la madre, como soportes de la función simbólica y por lo tanto, como intermediarios entre en el niño y la cultura, deben responder al respecto. No podría ser de otra manera pues toda subjetividad posible en un ser humano está inevitablemente ligada al espacio simbólico que han reservado los padres para el niño dentro de una cadena generacional. El sujeto que nace, queda sujetado al lenguaje a través de los significantes con que el Otro lo designa.

Este mundo de significantes y discursos que preexiste al sujeto, es aquella dimensión simbólica en la que habrá de buscarse el punto clave, los rasgos y marcas, que posicionarán a este sujeto en un lugar específico dentro del fantasma fundamental de sus padres. Es desde este lugar que el sujeto responderá desde el momento de su nacimiento en adelante. Los significantes y discursos se transmiten entonces, de generación en generación, y sólo a través de la clínica es posible dar cuenta de sus efectos tanto estructurantes como devastadores.

Pero, ¿cuáles pueden ser los significantes proporcionados por los padres a los que responde un sujeto psicótico? Sabemos de antemano, que cada caso de psicosis infantil es específico en la serie de condiciones que lo provocan. Existe un sinnúmero de factores que podrían estar en el fundamento de una sujetación de este tipo, y tan variados como imposibles de clasificar dentro de una misma categoría. El devenir psicótico de un niño depende, por lo tanto, del modo singular en el que las historias de ambos padres, los significantes en cada una de ellas, se han juntado para dar como resultado una constelación significante totalmente diferente bajo la cual el pequeño habrá de constituirse.

En efecto, dentro del discurso parental, es posible discernir algunos elementos de estructura que permiten explicar la especificidad de ésta constitución subjetiva. En el presente caso, aparentemente para Ana, su hijo por nacer ha venido a ocupar en su imaginario el lugar de aquello que colmará su deseo a través de la vía simbólica. El cuerpo del niño imaginado por su madre antes del nacimiento, es cargado libidinalmente por ella a través de su deseo de madre. Es decir, existe ya durante el embarazo, incluso antes, una fantasía acerca de este pequeño ser que está en las primeras etapas del desarrollo dentro del vientre materno. En realidad, *Sebastián* ha sido encomendado, entre otras cosas, para ser el soporte de una mejor relación entre sus padres y de hecho, ambos padres están realmente contentos con el embarazo.

Sin embargo, el momento del parto trae las primeras dificultades en la relación entre Ana y su hijo, pues es complicado y deja como secuela una supuesta hipotonía muscular al nivel del cuerpo real del bebé. Se habla de "supuesta hipotonía" pues es importante tener en cuenta la frecuencia de este tipo de afecciones corporales imaginadas en un primer momento por las madres en los casos de autismo o de psicosis infantil con rasgos autísticos. De hecho, debido a una carencia dentro de la estructura de las madres de niños autistas o psicóticos, éstas, más que ver en la realidad, imaginan que su hijo –su

producto- no puede ser un producto maravilloso, y por lo tanto proyectan sobre él supuestos defectos que toman el cuerpo del bebé, se materializan en el niño, es decir, terminan encarnándose. No hay fuerza en los músculos, la cabeza cae hacia los lados, la columna vertebral no puede sostener, en lo real, un cuerpo que no es sostenido inicialmente en el ámbito de lo imaginario y simbólico, a través del deseo materno.

De esta manera, lo real irrumpe dentro de la relación entre el niño y su madre abriendo una brecha entre el deseo de la madre y el cuerpo de su hijo en la realidad. El cuerpo que la madre había imaginado con anticipación para su hijo va perdiendo fuerza frente a un real que parece abarcarlo todo. ¿Qué es esto que sale de su cuerpo? Desde el primer momento, la madre cree observar algo extraño en la mirada del recién nacido… Hay un cierto sentimiento de extrañamiento frente a su hijo, como si no se tratara de su producto sino más bien de una criatura que aparece en la escena como un insecto de entre las sábanas…

¿Cómo es posible una identificación de la madre con su hijo al que ella percibe muy diferente de lo que había deseado? Esta imposibilidad de la madre para reconocerse en su hijo, es decir, para identificarse como la madre de este pequeño al que sabe completamente separado de su cuerpo, y al que debe su posición, no es en definitiva la consecuencia de una deficiencia a nivel orgánico en el niño. De hecho, el momento de la maternidad pone en evidencia la fragilidad de la inserción de esta madre en el orden de lo simbólico. Algo de su propia historia se traduce en la relación entre ella y su niño. El hijo, tan esperado por sus padres, es en este caso el elemento que provoca, al nacer, una brusca descompensación en el psiquismo de su madre. Se trata entonces de un retorno, de una puesta en escena de aquello de la historia de la madre que ha escapado de alguna manera a la simbolización.

De acuerdo a lo trabajado en el primer capitulo sobre maternidad, sabemos que para ubicarse en la posición de mujer deseante de un hijo, Ana ha debido recorrer un largo camino durante toda su vida, movilizándose entre distintos objetos de deseo que le dan su estatuto dentro de la feminidad. Sin embargo, el desarrollo de la feminidad de Ana, empezando por la primera menstruación, se encuentra fuertemente asociado al descuido de su madre, a su indiferencia y abandono. Al mismo tiempo, la admiración desmesurada que siente Ana hacia su propio padre, del que no logra obtener un reconocimiento por estar éste “tan” enamorado y preocupado por su madre, es también factor que menoscaba la

percepción que Ana tiene sobre sí misma, sobre su capacidad para formar una familia al lado de un hombre que la ame como ella tanto desea.

Este sentimiento de incapacidad, que además contrasta con la imagen de "perfección" que recibe Ana de su propia madre, se refleja más adelante en su matrimonio con SEBASTIÁN. Ana se obsesiona por conseguir por parte de su marido una atención de la cual no se siente merecedora, y desea además, con mucha angustia, darle un hermoso hijo a su esposo. Lamentablemente ésta imagen de un hermoso bebé no corresponde con la imagen que Ana tiene del niño que da a luz, pues es justamente en el momento de desenvolverse como madre, que todos sus sentimientos de inferioridad reviven y convierten la situación del parto en una situación traumática que sobrepasa a Ana, que la desborda.

La madre ve con desconcierto en ese pequeño ser el testimonio viviente de su propia insuficiencia, una expresión de la castración pero que rebaja del orden simbólico al orden de lo real, por no encontrar en su historia algún significante que sirva para recubrir la angustia de la experiencia. Ana revive su falta de una manera dramática al dar a luz a su primer hijo en medio de un sentimiento de desamparo. La maternidad es experimentada por primera vez como una situación de sufrimiento y soledad. Ni su esposo, ni su propia madre, ni los médicos pueden ayudarla en esta tarea. Incluso, la vuelta a ellos tan sólo le recalca una vez más su propia inadecuación.

El cuerpo de su hijo se constituye así en herida abierta de su madre. Ella no ve a *Sebastián* sino como una rajadura en el narcisismo de ella. Esta es la imagen que Ana tiene de sí misma y será la misma imagen que más adelante le devolverá a su pequeño. Es decir, la imagen de un cuerpo mutilado, enfermo y deficiente.

El bebé no para de llorar, pues su madre no encuentra un objeto que responda a su llanto. Ella misma, en tanto objeto primordial para su hijo, no está presente. Ana se desespera, pues siente que su hijo pone en cuestionamiento su capacidad como madre. La interroga constantemente, y ella no sabe cómo responder. Aparece aquí uno de los elementos significantes que hacen marca a lo largo de toda la historia de *Sebastián*. Desde el principio de su vida, la boca de *Sebastián* constituye el órgano principal, mayormente investido dentro de la relación entre él y su madre. La boca del niño en tanto objeto significante para el Otro que recibe el pecho materno, y por lo tanto, que recibe el valor de

la función materna, pasa a constituir dentro de la organización libidinal del niño, lugar de intercambio privilegiado, soporte y vía esencial de la relación entre la madre y su hijo.

Es sólo a través de una boca receptora que el pecho de la madre puede convertirse en símbolo de la función materna. El problema reside cuando el paso por uno de los objetos de la pulsión (ya sea el pecho, las heces, el pene, etc.) se ve detenido por la insistente demanda de la madre que obliga al pequeño a instalarse a su vez, en una retórica de la demanda del objeto específico. La madre se ajusta incesantemente al campo pulsional de su hijo impidiendo la caída de los objetos de la pulsión y por lo tanto produciendo una coincidencia entre el fantasma fundamental y el objeto a en la madre (Aulagnier, 1994). El recorrido por los diferentes objetos de la pulsión y el desinvestimiento gradual de cada uno de ellos con el afán de la conquista de la imagen del cuerpo unificado, se vuelve entonces imposible para el niño.

La demanda es siempre recíproca. Ambos, niño y madre, sostienen una relación a través de rechazar o no el alimento, de dar o no darlo. El significante "alimento" tiene aquí la función única de revelar la frustración materna, colocando al hijo forzosamente en la actuación del rechazo constante. Entonces tenemos a Ana intentando sin descanso alimentar a su hijo por todos los medios, mientras éste solo logra devolver el alimento que le da su madre (¿anorexia?). Su boca, y en general todo su cuerpo, se resisten a ponerle fin a la demanda de alimento, siempre bajo el mandato inconsciente materno. Ana, centrada en su narcisismo herido, se nutre al mismo tiempo de la dependencia de *Sebastián*, cuyo cuerpo se vuelve cada vez más y más delgado.

Sebastián en tanto es boca que dice "no" para su madre, obtiene un espacio en el intercambio (no dialectizado y por eso mortífero) con ella. Percibe que mientras mantenga la demanda oral, podrá encontrar un lugar en el deseo materno. Durante la primera infancia de *Sebastián*, su fijación oral se pone en evidencia a través de la extrema delgadez que lo caracteriza. Más tarde, durante la pubertad y la edad adulta aparecen otros trastornos alimenticios como bulimia y obesidad. La agresividad verbal de *Sebastián*, sobretodo en contra de su madre, es un reflejo más del estancamiento en la oralidad durante su desarrollo.

En realidad, todos los comportamientos de *Sebastián* tendrán el único fin de sostener la omnipotencia de la madre. Todo esto bajo la aprobación de ella, quien también se encuentra sometida a la omnipotencia de su hijo que ella misma promueve. Cualquier

intento de *Sebastián* por escapar de esta relación a través del reconocimiento de un deseo propio dará como resultado la puesta en evidencia de la insuficiencia de su madre, y por lo tanto, de la insuficiencia de sí mismo. *Sebastián* prefiere entonces anclar en el imperativo de la demanda ante la posibilidad devastadora de percibirse a sí mismo como un cuerpo fragmentado.

Más adelante, cuando el desarrollo motor tardío de *Sebastián* le permite al fin caminar, el pequeño se ve obligado nuevamente a sostener la demanda materna pero esta vez asentada sobre otro aspecto de su cuerpo. Es en estos momentos cuando *Sebastián* se golpea incesantemente con los objetos que lo rodean de manera que su madre tiene que asistirlo constantemente. Este problema de "espacialización" puede explicarse por la falta de un deseo materno que recorte el cuerpo del niño, que establezca sus límites y sus contornos. La madre en este caso, no logra ver este cuerpo como el de un sujeto totalmente independiente de su deseo y separado del medio circundante. El niño no recibe esta imagen de sí mismo como un cuerpo diferenciado y consecuentemente no puede proyectarse en el espacio.

La imagen que un niño asume durante el Estadio del Espejo, de acuerdo a lo revisado en el segundo capítulo sobre el Otro en la relación especular, logra su proyección en el tiempo y el espacio por estar sostenida en el campo de lo simbólico. Son los significantes dentro del discurso parental, los que permiten que un niño se adhiera permanentemente a su imagen y que pueda estar completamente seguro de su existencia y mismidad, a pesar de estar lejos de la mirada de la madre, del espejo que constituye su mirada. Por eso *Sebastián* vive hasta el día de hoy con sus padres. *Sebastián* no es sino bajo la mirada de ellos, lejos de su casa su cuerpo tan solo podría enfermarse, destruirse o despedazarse. Es así como lo ven sus padres, es sobre esto de lo que habla su miedo acerca del futuro de *Sebastián*. Es posible reconocer en este miedo la imposibilidad que tienen estos padres para mirar a su hijo como un sujeto separado de ellos mismos, que existe más allá de su deseo y de su función parental.

En este caso, es imposible hablar de especularización propiamente dicha, pues *Sebastián* tan sólo es depositario de la imagen que su madre tiene sobre sí misma en el marco de cierta continuidad corporal. En tanto Ana no logra escuchar en las demandas de su hijo algo sobre un deseo que nada tiene que ver con su propio deseo de madre, será muy difícil para *Sebastián* apropiarse de una imagen única para sí mismo. Al contrario, la madre

responde a la demanda de su hijo interpretándola siempre desde sus propias necesidades, realizando a través de su hijo la restitución de su falta, pero esta vez, en el campo de lo real. Entonces el niño se convierte en una prolongación, una parte del cuerpo de su madre, más específicamente en este caso, un órgano enfermo de ella.

Las constantes demandas de *Sebastián* con respecto a la salud de su cuerpo durante la adolescencia demuestran una vez más la imposibilidad que tiene de percibirse a sí mismo como un cuerpo acabado, unificado. En su lugar, aparece en *Sebastián* la sensación de un cuerpo fracturado que se cae a pedazos. Es sorprendente observar cómo las enfermedades que *Sebastián* dice tener en su cuerpo afectan coincidencialmente a aquellas partes de su cuerpo que, según la teoría, están fuertemente ligadas a los objetos de la pulsión. Es decir, *Sebastián* presenta desordenes auditivos (objeto voz), visuales (objeto mirada), orales (objeto alimento), genitales, etc.

Es importante recalcar además, que la autocompletud de Ana a través de esa célula narcisística que es su hijo, tiene lugar al margen de la intervención del padre. El padre no puede privar a la madre de su producto en tanto ésta no lo reconoce como privador en su discurso. La ausencia de la función paterna implica a la vez la ausencia de la madre propiamente dicha en la medida en que ésta no puede ubicarse en la posición de madre si no es por referencia a un tercero.

Sabemos que tal referencia consiste en poder localizar al objeto de su deseo más allá del objeto hijo, es decir, en su pareja. El niño debe poder percibir que el objeto del deseo de su madre se encuentra más allá de sí mismo, de manera que él también pueda hacer referencia a este elemento, obteniendo una significación para sí mismo diferente de la que su madre puede reflejarle unívocamente. Es sobre esto de lo que se hablaba en el capítulo dos, en lo referente a la metáfora paterna, es decir, a las idas y vueltas de la madre que se plantean como un enigma para el hijo. Enigma que, justamente por hacer referencia a un tercer elemento, logran promover las subsecuentes identificaciones del niño con aquel personaje que imaginariamente sí posee el falo, siempre bajo la orientación del deseo materno.

En el caso presente, todo el comportamiento de Ana, todo significante en su discurso en relación a su hijo, es decir, la particularidad que caracteriza la alternancia de su presencia-ausencia, incluso sus actitudes hostiles hacia él, le transmiten a *Sebastián* la misma significación abrumadora que, sin embargo, no logra una inscripción simbólica

pues únicamente opera desde el campo de lo real. La discontinuidad que se produce en la experiencia vital de *Sebastián,* a raíz de las ausencias de su madre, se registra en el desarrollo del niño a manera de una fragmentación del cuerpo en lo real y no como una falta imaginaria que es posible tramitar a través de la producción simbólica. La castración en el niño no encuentra una envoltura de lenguaje que le dé el consiguiente acceso a lo simbólico.

Este obstáculo en la estructuración psíquica del sujeto se explica porque la madre desconoce al padre en su calidad de agente que instaura la Ley simbólica, que promueve la inscripción del significante Nombre-del-Padre y que por lo tanto, produciría el corte entre ella y su hijo. Pero, ¿por qué Ana rechaza al padre real como promotor del establecimiento del significante Nombre-del-Padre en su discurso? Podría parecer una contradicción si conocemos la relación entre ella y su marido, si sabemos de antemano de su obsesión por sentirse correspondida por él. Efectivamente, Ana afirma haber postergado la atención a sus hijos por haber estado constantemente preocupada por una relación de pareja que parecía no mejorar bajo ningún concepto. Para poder comprender la manera aparentemente paradójica según la cual no tiene lugar la transmisión del significante fálico (que por lo tanto estaría forcluído para el niño), es necesario distinguir entre el rechazo hacia el padre real y el rechazo de la función simbólica que puede o no encarnar el padre real dentro del discurso materno.

Como se trabajó anteriormente en el tercer capítulo sobre psicosis infantil, la función simbólica de promoción de la Ley es una función que normalmente le queda muy grande a cualquier sujeto y que contrasta con la imagen de la persona real que la sostiene. Más aún si la madre no se siente concernida con respecto a una Ley por tener ésta el poder de arrebatarle a ella la posibilidad de ser restituida allí justo donde percibe una carencia, es decir, al nivel de su propio cuerpo. Dicha posibilidad de restitución a través de la posesión del hijo en lo real, opera como un mandato en el psiquismo materno que le impide atribuirle a SEBASTIÁN el poder para efectuar el corte entre ella y su hijo. El objeto del deseo de la madre, por ende, no logra instalarse más allá de la relación dual, quedando SEBASTIÁN al margen de dicha relación, pues de lo que aquí se trata es de la reconstrucción del narcisismo de Ana, herido por causas mucho más antiguas y profundas que la indiferencia percibida en el marido durante el matrimonio. En efecto, la obsesión que Ana siente con respecto a su marido es un reflejo del sentimiento de inferioridad que tiene ella

de sí misma independientemente de su pareja, y que continúa manifestándose, pero esta vez, volcado sobre su hijo. La intensidad con la que Ana vuelve sobre éste, para demandarle que le demande una y otra vez, tiene que ver entonces, con la búsqueda de un reconocimiento, cuya falta se ha inscrito de tal forma en el ser, que no logra ser compensado de manera saludable a través de la relación de pareja o la maternidad, es decir, a través de las vías simbólica e imaginaria.

Por eso Ana no permite la intrusión de otros en la relación entre ella y su hijo. Ana aleja a su esposo con su enojo y resentimientos, más tarde relegará a sus dos hijas y renunciará al trabajo para permanecer cerca de *Sebastián* a quien considera un "inútil" en todos los sentidos. De hecho, *Sebastián* no logra hacer tareas simples porque no adquiere ningún tipo de reconocimiento o valor narcisista a través de esos actos. Esta imposibilidad en *Sebastián* se deriva a su vez de la incapacidad de sus padres para reconocer la legitimidad de *Sebastián* en tanto precursor de sus propios actos. Sus padres son quienes encuentran imposible que *Sebastián* sea el portador, más allá de un simple acto u objeto en lo real, de una significación verdadera y por lo tanto diferenciada y sustituible.

Entonces aparecen los momentos psicóticos parentales que son momentos en los cuales los padres, a pesar de no ser psicóticos, establecen una relación psicótica con el niño ya mayor, al instalar significantes primordiales cuya significancia opera en el campo de la certeza absoluta y anticipada (Jerusalinsky, 2011, p.169). Mientras que *Sebastián* trata de dibujar para su madre, de recitarle o bailar frente a ella, esperando que sus actos sean valorados por el otro como expresiones artísticas, o como muestras de su capacidad, Ana reacciona riéndose a carcajadas frente a estos intentos de su hijo. ¿Qué quiere decir esta respuesta materna? ¿Qué posición tienen estos objetos (dibujos, poemas, bailes) en la cadena simbólica de la madre? Ana se ríe, porque más acá de mirar el talento o el esfuerzo de su hijo, ve por ejemplo, lo gracioso de un cuerpo real, con sobrepeso, que tiene dificultad para moverse con ritmo. Estos momentos parecen ser el resultado de un real que se entromete repetidamente en el nivel del psiquismo materno. Es por tanto, el significante mismo, y no lo que significa, lo que constituye el objeto de la comunicación entre Ana y su hijo (Jerusalinsky, 2011, p.169).

En consecuencia, los significantes en *Sebastián* quedan adheridos a las cosas como representaciones reales de los objetos. En cuanto al tema de la alimentación, el objeto "comida" no cae por estar formado en el ámbito de lo real y no dentro de un ámbito

simbólico. Entonces la "comida" se torna no simbolizable y por lo tanto, no sustituible en *Sebastián*. Existe una transformación simbólica obstruida, es decir, el material significante, si bien se extiende en cierta medida, lo hace de una manera bastante limitada. Por eso *Sebastián* no puede reunirse socialmente con amigos o familia y comer algo con pretexto de pasar un buen momento en grupo. El comer se vuelve un fin en sí mismo, no existe metáfora posible en este acto, o al menos, no como podría presentarse en la mayoría de neuróticos.

De la misma manera no hay significantes que sostengan en la infancia la diferencia sexual, es decir, una posición dentro de un género con todas las implicaciones que conlleva tanto en el presente como en el futuro. Aparecen aquí los conflictos de identidad sexual que se ponen en evidencia cuando algún elemento de la realidad (encuentro con una persona homosexual, por ejemplo) llega y confronta esta construcción frágilmente elaborada. Las débiles elaboraciones que sostenían al sujeto en el pasado se vuelven inútiles. El sujeto no puede apoyarse más sobre éstas, entrando en momentos graves de depresión.

No obstante, es preciso dar cuenta de ciertos acontecimientos que en un momento tardío, lograron cierta función de corte entre Ana y su hijo. En primer lugar tenemos la demanda de circuncisión de *Sebastián*, la cual puede interpretarse como una demanda de corte, que a pesar de que se produce en lo real, es posible que se haya inscripto como una de las primeras referencias simbólicas, no del todo eficaz, pero que le otorgan un cierto apoyo simbólico al sujeto.

Adicionalmente, aparece en *Sebastián* un deseo ávido de conocimiento que se manifiesta desde una edad muy temprana. Dicho conocimiento, en tanto objeto generalizado de la pulsión y marca primordial, le permite a los significantes del sujeto cierta extensión simbólica. A través de este conocimiento, que no necesariamente se aplica a muchos ámbitos, o de una forma totalmente adecuada, *Sebastián* logra un reconocimiento legítimo por parte de sus padres. Tal es la validez de este deseo para la instancia parental, que *Sebastián* se gradúa de la Universidad "con honores". Algo de su propio deseo se ha traducido finalmente aunque todavía es muy complicado separarse del todo del deseo de sus padres.

Finalmente, es muy probable que la conversión de Ana a la religión católica hace ya más de 10 años, esté en el fundamento de esta posibilidad de resurgimiento de una

función paterna, afianzada en lo simbólico. La intervención del psicólogo de *Sebastián* hace pocos años también logró cierta función de corte pues, a partir de ese tratamiento, ambos padres comenzaron a pensar en la posibilidad de vivir lejos de su hijo. Algo se modificó en tanto lograron reconocer que probablemente el miedo que sienten con respecto al futuro de su hijo, no tiene que ver tanto con las capacidades o discapacidades reales de *Sebastián*, sino más bien con su propia dificultad para dejar que su hijo viva su propia vida, de acuerdo a sus propios intereses y decisiones.

CONCLUSIONES

La psicosis infantil constituye una seria imposibilidad en el niño para reconocerse a sí mismo como sujeto autónomo, independiente del deseo parental. Esta patología hace referencia al estancamiento del *infans* en un estadio anterior al Edipo, estadio que corresponde a la instauración de la imagen especular y su consecuente proyección en el tiempo y el espacio. La función materna, que provee los significantes para el reconocimiento del niño con su cuerpo, no opera en tanto la madre no permite el acceso a la función interdictora del padre.

La pregunta que dio inicio a esta elaboración teórica apunta a la forma en que se articulan los elementos de la relación madre-hijo para configurar una estructuración psicótica en el *infans*. En efecto, la psicosis infantil constituye una patología dentro del desarrollo del sujeto, que está íntimamente ligada al ejercicio de la función materna y son las particularidades dentro del intercambio entre un niño y su madre, lo que determinará la estructuración de un niño en el campo de las psicosis. Las contingencias ambientales, así como ciertos elementos de la historia de la madre, y los aspectos constitucionales del recién nacido, son factores que podrían ocasionar el devenir psicótico del *infans*.

Para poder comprender la influencia del agente materno en la estructuración de la psicosis infantil, se comenzó por trabajar la formación del deseo de hijo dentro de la maternidad, como una de las posibles salidas del complejo de Edipo para la mujer. A continuación se elaboraron aquellos conceptos que están relacionados con la configuración de la estructuración psíquica del niño, siempre a partir de la relación primordial con el agente materno. Una vez que se trabajaron los procesos fundamentales dentro de la estructuración subjetiva del *infans*, se abordaron las particularidades de un tipo específico de relación entre la madre y su hijo que podrían explicar la psicosis infantil propiamente dicha. En última instancia, se presentó un caso de esta patología para ilustrar de mejor manera, aquellos conceptos extraídos de la teoría.

Las conclusiones que se desprenden de este trabajo incluyen:

- La cuestión de la maternidad en su relación al deseo de hijo es un antecedente en la estructuración de todo sujeto. El deseo de hijo tiene su causa mucho antes del nacimiento de un niño. La madre, ubicada con anticipación en un discurso que la

trasciende, ha significado a través de la imaginarización de su hijo, aquel objeto que podrá restituirla en su falta. Entonces, que una mujer se ubique como madre de un sujeto quiere decir que se ha producido un desplazamiento de su deseo a lo largo de una serie de objetos significantes hasta llegar finalmente a la posibilidad de una resolución simbólica de su falta a través de los emblemas de la maternidad.

- El deseo del Otro es la mayor determinante en la estructuración del niño. De dicho deseo depende el acceso del niño a lo imaginario y la consecuente construcción de las representaciones que recubrirán el mundo real que le rodea.
- El agente materno encarna al Otro en tanto cumple con la función de presentarse a su hijo como el primer objeto susceptible de simbolización. La madre imaginariamente reconoce en el llanto de su hijo una demanda de la cual es posible hacer una decodificación. Existe, como efecto de la previa instalación de la madre en el orden de lo simbólico, la hipótesis de que su hijo es ya un sujeto del lenguaje. Por eso ella responde proponiéndole a su hijo el pecho como primer objeto de su demanda. La alternancia del objeto entre presencia y ausencia, es aquello que desatará la producción lingüística del niño.
- El intercambio entre una madre y su hijo, a través de los primeros cuidados proporcionados al *infans*, constituye el medio óptimo a partir del cual se organizará la pulsionalidad de su cuerpo. En efecto, la madre inviste selectivamente ciertas partes del cuerpo de su hijo al satisfacer sus necesidades. Estas regiones del cuerpo del niño, al ser cargadas libidinalmente dentro del intercambio con la madre, circunscriben un perímetro cerrado mediante el cual, el pequeño tendrá acceso al primer esbozo de su propio esquema corporal.
- La imagen de sí mismo que un niño puede mirar a través de un espejo, es decir, a través de los ojos de quien lo mira, no es el único elemento dentro del proceso fundamental de especularización en el niño. De hecho, mientras que la imagen constituye el soporte para que dicho proceso se lleve a cabo, son en realidad los significantes que la madre le otorga al niño, los que animarán y vitalizarán la imagen de sí mismo.
- La madre debe separarse paulatinamente de su hijo en varios aspectos para dar lugar a la autonomía del niño. Hay momentos específicos que deben ser franqueados, especialmente aquellos que incumben a la función materna, y que por lo tanto pueden ser traumáticos para la madre. El momento del parto como

separación del niño del vientre de su madre, el momento del destete como finalización de la oferta del alimento materno, el alejamiento espacial cuando el niño comienza a caminar y principalmente los momentos en que el niño, mediante sus palabras, gestos, etc., da cuenta de un deseo propio, son etapas que la madre debe tolerar con el fin de dar paso al desarrollo de su hijo. De ahí que el hijo también debe ser un objeto transicional para la madre.

- Dentro de la dialéctica del deseo entre la madre y su hijo, el niño intuye que él mismo no basta para satisfacer el deseo de su madre. Esta incertidumbre acerca de lo que su madre desea es la puerta de entrada de la función del significante Nombre-del-Padre. En efecto, la metáfora paterna se instala sólo en función de un cuarto elemento que se establece como enigma del deseo de la madre. De este modo se produce la sustitución primordial que precipita al *infans* a la identificación con todos aquellos significantes que se muestran como objetos del deseo parental.
- En la psicosis infantil, la sustitución del significante primordial del deseo de la madre por el significante Nombre-del-Padre no tiene lugar, excluyendo al *infans* del campo de la función de la palabra. Sólo esta represión original sería capaz de demostrar que el niño ha renunciado al objeto primordial de su deseo que cae en el nivel inconsciente y promueve la producción significante del sujeto.
- La carencia de extensión simbólica para un niño va a producir que el reconocimiento imaginario del otro y la imagen corporal no se afiancen dando lugar a la desestructuración de lo imaginario.
- En la psicosis infantil, el niño constituye una prolongación del cuerpo de su madre pues ésta no reconoce a su hijo como portador de una significación distinta a la suya. El niño no consigue apropiarse de una imagen unificada de sí mismo, ya que la única imagen que la madre le devuelve, es la imagen de un cuerpo fragmentado que no puede sostenerse lejos de la mirada materna.
- Uno de los elementos presentes en la psicosis infantil es la reducción de la relación madre-hijo al registro de la demanda. De hecho, la madre no se interroga por el significado que tiene el llanto de su hijo y responde únicamente mediante el objeto de la necesidad, impidiendo la actividad simbólica en el niño. Además, la madre se anticipa al llamado de su hijo de modo que queda anulada cualquier posibilidad de traducir algo del deseo del niño en sus demandas. Así mismo el niño percibe que

mientras mantenga la demanda hacia su madre, podrá ocupar un espacio dentro de su deseo.

- Dentro de la dialéctica de la demanda, el niño no logra desprenderse de los objetos de la pulsión que le ofrece su madre. No existe una pérdida gradual de los objetos que, al caer, recorten el cuerpo del *infans* y tracen una discontinuidad en su superficie. Discontinuidad que podrá más adelante inscribirse como marca primordial de una falta que a su vez, abrirá la entrada a su propio deseo.
- Podemos observar que la presentación del caso, que incluye la historia vital del sujeto, la entrevista con la madre y su respectivo análisis, ha permitido una mejor comprensión de los conceptos teóricos; al mismo tiempo que la elaboración teórica de dichos conceptos ha facilitado la lectura del caso.
- Toda interpretación sobre un caso implica inevitablemente la creación o atribución de nuevos sentidos. Esto se debe a que en la práctica clínica no es suficiente con tener a la mano un concepto teórico para poder entender adecuadamente de qué manera una estructuración en particular se constituye. Para acercarse a un cuadro patológico especifico, para llegar a comprender algo de él, es imprescindible un trabajo de observación, de exploración que tarde o temprano producirá un resultado en términos concluyentes. El aporte radica justamente en la articulación que puede producirse entre la teoría y aquello que se observa y se escucha, conociendo de antemano que quien se ubica como observador, sanciona subjetivamente y confiere algo de sí mismo para la elaboración del análisis. Por eso la articulación de un caso y otro, aunque se trate de la misma patología e incluso del mismo observador, nunca pueden ser iguales. Es precisamente lo que varía en cada articulación aquello que le da el valor de aporte al análisis de un caso determinado.
- Por lo tanto, el análisis de un caso particular que se construye a partir de la teoría pero siempre sobre la especificidad que implica la observación de cada sujeto y de las contingencias del medio que le rodea, constituye en sí mismo un aporte esencial para la mejor comprensión de las patologías, en este caso de la psicosis infantil. El seguimiento de un caso, el registro de su evolución y de los síntomas que en el aparecen, son pauta y herramienta fundamental para el desarrollo de nuevos conceptos, de nuevas formas de interpretación, y por qué no decirlo, de posibles direcciones de cura en el futuro.

- Finalmente, el trabajo realizado en esta disertación nos lleva a plantearnos ciertas preguntas sobre los momentos lógicos constitutivos del sujeto, momentos en los que parecería que hay un estancamiento en el recorrido de la estructura. El estudio de la psicosis infantil, abre además la posibilidad de profundizar sobre aquellas patologías que, al igual que la psicosis, sugieren un tipo particular de relación entre la madre y su hijo, como es el caso del autismo. Esta inquietud se vuelve aún mayor si existe el interés particular por trabajar a futuro en una clínica dirigida a la población infantil.

RECOMENDACIONES

Dentro del cuadro clínico de psicosis infantil hay que tomar en cuenta ciertos elementos para distinguir ésta de otras estructuras. Es evidente que la diferenciación no es clara ya que varios rasgos sintomáticos pueden aparecer de igual forma tanto en unas como en otras patologías de la infancia. Por eso es importante, al momento de realizar un diagnóstico, no dirigir la atención únicamente hacia los síntomas que pueda o no presentar un niño, sino más bien, concentrar la observación y escucha en aquellos elementos que rodean al *infans*, y que cumplen funciones determinantes con respecto a su estructuración subjetiva. Un diagnóstico realizado desde esta perspectiva abrirá la posibilidad de hipotetizar sobre la dirección de la cura que tendrá lugar más adelante dentro de un contexto terapéutico.

Por otra parte, es necesario tomar en cuenta que estos trastornos de la infancia generalmente se ponen de manifiesto con mayor claridad dentro de los ámbitos educativos. Es decir, dentro de las instituciones de formación y educación infantiles (kínder, pre – kínder, guarderías, etc.) es donde se puede observar directamente aquellos comportamientos de un niño que pueden estar relacionados con algún tipo de patología de la edad temprana. Es imprescindible entonces, alertar a los profesionales que trabajan con niños, de modo que puedan detectar en el comportamiento infantil, aquellos patrones relacionados con desórdenes graves de estructuración psíquica que de lo contrario, podrían confundirse con “malas conductas” o incluso, con cuadros de debilidad mental. En efecto, el fracaso escolar por ejemplo, es un síntoma no poco común dentro de la psicosis infantil, que sin embargo, es generalmente confundido o pasado por alto por los profesionales que tienen contacto con el niño.

Si los profesionales que trabajan con niños están al tanto de lo que se tratan ciertas patologías, como lo es en este caso, la psicosis infantil, será mucho más factible una intervención terapéutica temprana. Es decir, si se interviene a tiempo se obtendrán mejores resultados, pues sabemos de ante mano que una estructura en la infancia no es aun definitiva y por lo tanto será menos complicado para el terapeuta hacer un trabajo de reconstrucción sobre ella.

Otro punto importante a tener en cuenta es que la clínica de la psicosis infantil lleva a cuestionarse por el encuadre clásico propuesto por el psicoanálisis. Sería absurdo plantear una regla fundamental en el trabajo con estos niños, pues muchas veces incluso el juego o el dibujo libre resultan no del todo eficientes en el trato de ciertas patologías graves de la infancia. Más allá de esto, la propuesta de trabajo con casos de esta índole lleva a plantearse la necesidad (necesidad en sentido lógico) de pensar en la posibilidad de ubicarse en posición de aquel que cumple la "función materna" con respecto al niño. De esta forma, el deseo de analista podría resultar una posición doblemente ética ya que entonces el fantasma de éste va a jugar un rol determinante en la posibilidad de nacimiento del sujeto. Tal posicionamiento constituye un modo de trabajo que requiere un estudio crítico y del cual poco o nada se ha elaborado teóricamente.

REFERENCIAS

Aulagnier, Piera (1994). *Un intérprete en busca de sentido*. 1era Edición. Madrid, Siglo Veintiuno Editores.

Baudes de Moresco, Mercedes (1995). *Real, Simbólico, Imaginario*. 1era Edición. Buenos Aires, Lugar Editorial.

Chemama, Roland (2002a). "Estadio del espejo" en *Diccionario del Psicoanálisis*. 1era Edición. Buenos Aires, Amorrotu Editores.

Chemama, Roland (2002b). "Yo" en *Diccionario del Psicoanálisis*. 1era Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Chemama, Roland y Vandermersch, Bernard (2004a). "Autismo" en *Diccionario del Psicoanálisis*. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Chemama, Roland y Vandermersch, Bernard (2004b). "Celos" en *Diccionario del Psicoanálisis.* 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Chemama, Roland y Vandermersch, Bernard (2004c). "Deseo de Hijo" en *Diccionario de Psicoanálisis*. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Chemama, Roland y Vandermersch, Bernard (2004d). "Envidia" en *Diccionario del Psicoanálisis*. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Chemama, Roland y Vandermersch, Bernard (2004e). "Símbolo" en *Diccionario del Psicoanálisis*. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

D´Angelo, Mariana (2009). "Echarse a perder o que algo se pierda" en *En busca del niño en la estructura*. 1era Edición. Buenos Aires, Letra Viva.

D´Angelo, Rinty (2006). *Una introducción a Lacan*. 1era Edición. Buenos Aires, Lugar Editorial.

Dör, Joel (1989). *El padre y su función en psicoanálisis*. 1era Edición. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

Dor, Jöel (2000). *Introducción La Lectura de Lacan.* S.l.e., Gedisa Editorial.

Egge, Martin (2006). *El tratamiento del niño autista*. 1era Edición. Madrid, Editorial Gredos.

Freud, Sigmund (1894). "Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)" en *Obras Completas*, tomo III. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1895). "Proyecto de una psicología" en *Obras Completas*, tomo I. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1911). "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente" en *Obras Completas*, tomo XII. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1914). "Introducción al Narcisismo" en *Obras Completas*, tomo XIV. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1917). "Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*"* en *Obras Completas*, tomo XVIII. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1919). "Pegan a un niño" en *Obras Completas*, tomo XVII. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1923). "La organización genital infantil" en *Obras Completas*, tomo XIX. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1925). "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" en *Obras Completas*, tomo XIX. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1931). "Sobre la sexualidad femenina" en *Obras Completas*, tomo XXII. 2da Edición. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1933). "33 Conferencia: la Femineidad" en *Obras Completas*, tomo XXII. 2da Edición. Bueno Aires, Amorrortu Editores.

Jerusalinsky, Alfredo (2011). *Psicoanálisis del autismo*. 2da Edición. Buenos Aires, Nueva Visión.

Lacan, Jacques (1949). "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" en *Escritos*, tomo I. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Lacan, Jacques (2002). "La agresividad en psicoanálisis" en *Escritos*, tomo I. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Lacan, Jacques (2005). "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" en *Escritos,* tomo II. 23era Edición. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Lacan, Jacques (s.f.e.) *La Familia*. (s.l.e.).

Laplache, Jean y Jean-Bertrand Pontalis (1974). "Falo" en *Diccionario de Psicoanálisis*. 2da Edición. Barcelona, Editorial Labor.

Magán de Cid, Irene y María D´Angelo (2003). *El estadio del espejo*. 1era Edición. Buenos Aires, Editorial Longseller.

Maleval, Jean-Claude (2002). *La forclusión del Nombre-del-Padre: el concepto y su clínica*. 1era Edición. Buenos Aires, Editorial Paidós.

Mannoni, Maud (1994). *El niño retrasado y su madre*. 1era Edición. Buenos Aires, Editorial Paidós.

Massotta, Oscar (1970). *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*. 1era Edición. Buenos Aires, Editorial Proteo.

Melman, Charles (2009). "A propósito de incesto" en *Para introducir al psicoanálisis hoy en día.* 1ra Edición. Buenos Aires, Editorial Letra Viva.

Miller, Jacques-Alain (1994). *El seminario de Jacques Lacan: La relación de objeto*, tomo IV. 1era Edición. Buenos Aires, Ediciones Paidós.

Miller, Jacques-Alain (2004). *El seminario de Jacques Lacan: Las formaciones del inconsciente,* tomo V. 1era Edición. Buenos Aires, Ediciones Paidós.

Miller, Jacques-Alain (2006). *El seminario de Jacques Lacan: El reverso del psicoanálisis*, tomo XVII. 1era Edición. Buenos Aires, Ediciones Paidós.

Safouan, Moustapha (2005). *Lacaniana: Los Seminarios de Jacques-Lacan 1953-1963*. 1era Edición. Buenos Aires, Editorial Paidós.

Nasio, David (2007). *El Edipo: un concepto crucial para el psicoanálisis*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

Orvaños, María Teresa (2005). "Los Complejos de Edipo y Castración" en *La Re-flexión de los términos de Freud en la obra de Lacan.* Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Yankelevich, et al (1976). "Discurso de clausura de las jornadas de psicosis infantil" en *Psicosis infantil*. Buenos Aires, Paidós.

Internet 1. Imagen tomada de http://psicocorreo.blogspot.com/. Último acceso: 2011-08-01